

DESPLEGADO

# VERBUM

ORGANO DEL CENTRO ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA Y LETRAS

DIRECTOR  
FLORIAN OLIVER

SECRETARIO DE REDACCIÓN  
JOSÉ F. GROSSE



AÑO IX

BUENOS AIRES, MAYO DE 1915

NÚM. 26

## La lógica como ciencia objetiva

En medio del movimiento continuo que perfecciona las ciencias modificándolas, agrandándolas o subdividiéndolas, para ajustarlas a las exigencias crecientes de la verdad, la lógica ha ofrecido durante siglos el espectáculo singular de la inmovilidad.

Tal cual la organizó Aristóteles atravesó los claustros de la Edad Media y resistió a las vigorosas tentativas realizadas por Descartes, Bacon y Leibnitz con el propósito de darle una nueva vida más de acuerdo con el espíritu de los tiempos modernos.

El siglo XIX tuvo más suerte gracias a los esfuerzos pacientes y sagaces de los filósofos y matemáticos ingleses, los cuales, aunque por procedimientos distintos, llegaron a imprimir a la lógica el movimiento progresivo propio a todas las ciencias.

Lo primero que hubo necesidad de cambiar fué el campo adjudicado a la lógica como su dominio exclusivo.

Se la supuso entregada al solo estudio de una forma particular de las operaciones intelectuales—el silogismo— a cuyas tres proposiciones se pretendió someter todas las verdades del universo.

La ilusión que hizo considerar las apariencias como realidades, fué causa de que durante miles de años se creyera que el sol se movía alrededor de la tierra. Este error retardó considerablemente el progreso de la astronomía y causó una gran perturbación en las nociones relativas a la concepción del universo y a la posición del hombre en el conjunto de la existencia.

Un error análogo puso trabas a la lógica.

Confundiendo la realidad con la apariencia, se intervirtieron las posiciones relativas del universo y del espíritu humano que lo contempla y estudia en la medida de sus humildes facultades.

Así se imaginó que la lógica tenía sus raíces en el entendimiento y no en el mundo externo, concepción antropocéntrica que, como aquella análoga de la vieja astronomía, deforma la naturaleza y desplaza las relaciones de todas las cosas.

Por maravillosa que sea la constitución de la inteligencia humana y por estrecha que sea la correspondencia entre el pensamiento y la realidad, las relaciones entre las ideas no podrían ser jamás idénticas a las relaciones entre las cosas; por lo tanto, el estudio de aquellas no podrá nunca ser idéntico al estudio de éstas.

Esto sería como si la atención del observador que busca las leyes de las cosas visibles se ocupara con preferencia de sus imágenes reflejadas en un espejo. Durante el siglo XIX Stuart Mill, Bain, Morgan, Boole, Spencer, Stanley-Jevons, Venn y otros pensadores, aunque difirieran en el sistema, han coincidido sobre el punto de considerar las relaciones lógicas como objetivas o exteriores al pensamiento y algunos de ellos han llegado hasta simbolizar las relaciones lógicas en fórmulas susceptibles de operaciones análogas a las matemáticas como Leibnitz lo había ya ensayado.

Veamos siguiendo esta concepción, sobre qué parte de la existencia objetiva domina la lógica.

Los físicos y los químicos buscan y enuncian las leyes según las cuales se manifiestan las cualidades o atributos de los cuerpos.

Dadas tales o cuales circunstancias, la gravedad, la luz, la electricidad, la afinidad química se manifestaron de tal o cual manera.

El lógico debe proceder de la misma forma, a pesar de que su material sea más abstracto.

Es tarea suya establecer las leyes o condiciones según las cuales se presentan las relaciones de coexistencia, de sucesión o semejanza.

Ninguna otra ciencia se ocupa de estas relaciones abstractas.

Los matemáticos las estudian sólo en su carácter cuantitativo, cuando los términos de la relación son magnitudes.

La física, la química, la mecánica y las otras ciencias abstracto-concretas, no consideran las relaciones de coexistencia y sucesión sino cuando se presentan acompañadas de atributos que denominamos gravedad, calor, luz, electricidad, afinidad química, movimiento, fuerza, etc.

En cuanto a las ciencias concretas no estudian las relaciones en sí, sino los términos entre los cuales se establecen tales relaciones, es decir, las cosas reales que se denominan astros, seres orgánicos o minerales.

No es tarea del físico ni del químico, del naturalista, biólogo o astrónomo establecer que cuando dos cosas o relaciones son idénticas a una tercera cosa o relación son idénticas entre sí. Es la lógica que establece que si  $A$  es  $B$  y  $B$  es  $C$  —  $A$  es  $C$ .

El matemático enuncia una verdad muy semejante, pero derivada, cuando afirma que dos cantidades iguales a una tercera son iguales entre sí.

Esta última proposición es menos general que aquélla. La proposición lógica abarca todas las relaciones de identidad aun aquellas en que los términos no tienen valor cuantitativo, mientras que la proposición matemática, a pesar del valor axiomático que se le atribuye, no se refiere más que a las identidades de magnitudes.

Más aun, las matemáticas no se detienen a demostrar sus verdades, porque la lógica declara "a priori" su validez.

En efecto, si las cosas idénticas a una tercera son idénticas entre sí y si las cantidades son cosas en el sentido más lato del vocablo, es evidente que cantidades idénticas a una tercera cantidad son idénticas entre sí; es decir, iguales.

A fin de que sea verdadero que los cuerpos se atraen recíprocamente en razón directa de su masa y en razón inversa del cuadrado de su distancia, como lo ha enseñado Newton, es necesario no sólo que la ley física sea aquella, sino que el mundo esté sujeto a leyes, es decir, es necesario que determinados antecedentes bajo ciertas condiciones provoquen de-

terminadas consecuencias o que ciertas relaciones dependan invariablemente de ciertas otras.

Es por esto que el físico pudo ligar entre sí los fenómenos en los cuales descubrió la gravedad.

De otra suerte cada fenómeno sería independiente y absoluto, sus manifestaciones no tendrían relación alguna con los antecedentes ni con los consecuentes y el mundo ofrecería el espectáculo de una lotería infinita, según la expresión de Condorcet.

Fuera de la lógica no hay ciencia particular que describa la ley natural despojándola de los fenómenos concretos para explicar su naturaleza y función. Este es un estudio más general que el emprendido por cada ciencia.

Pues bien; las leyes consideradas en sí mismas, es decir, como relaciones abstractas, según las cuales aparecen los fenómenos, constituyen el objeto de la lógica.

Spencer lo ha dicho: "Si hay una una división de la ciencia propiamente llamada concreta, que trate de las existencias consideradas en su plenitud y objetividad, si hay otra división de la ciencia, llamada abstracto-concreta que trata de los distintos modos de la fuerza manifestada por estas existencias, considerando aún estos modos de la fuerza como objetivos, si en la tercera división de la ciencia, puramente abstracta, hay una parte que trata de las relaciones cuantitativas como distinta de las cosas, aunque consideradas todavía como objetivas, queda aún otra parte de la ciencia abstracta que, ignorando toda distinción de ser, de atributo, de cantidad, trata estas correlaciones necesarias, comunes a todas las cosas considerando aun estas correlaciones necesarias como objetivas. Debe, luego, haber una ciencia de correlaciones universales objetivas y esta ciencia es "la lógica".

En consecuencia, como dijo el mismo filósofo, las proposiciones de la lógica expresan dependencias necesarias entre las cosas y no entre los pensamientos. Esta concepción de la lógica llevando esta ciencia al nivel más elevado entre las ciencias objetivas, no sólo la distingue de la psicología, con la cual se la ha confundido a menudo, pero aun establece una profunda y radical separación entre ella y ese arte sutil y sofisticado que se llama dialéctica en la historia de la civili-

zación griega y que más tarde (“vires adquiririt cundo”) tomó un lugar más distinguido en el mundo intelectual, dándose en un principio el título de arte y luego el de ciencia del razonamiento.

Razonar será siempre la tarea más noble del espíritu; pero esto no autoriza a confundir las leyes del pensamiento con las de las cosas pensadas. Calcular es también una operación mental, pero el matemático no pretende que los resultados de sus cálculos sean leyes subjetivas, leyes del yo, muy al contrario, proclama altamente que éstas son leyes objetivas, leyes de la cantidad.

El lógico no es, por lo tanto, un discutidor más o menos sagaz y fino, un orador hábil en el manejo del argumento. Es el sabio que busca las relaciones más abstractas y generales que las cosas posean en el tiempo y en el espacio, estableciendo cómo las unas están unidas a las otras o están implicadas por las mismas.

Profesa un culto sereno al orden universal. Es un investigador de las condiciones supremas a las que están sometidas las verdades estudiadas por las ciencias particulares.

Es en este sentido que puede admitirse la calificación de ciencia de las ciencias que algunos filósofos dieron a la lógica; ella es, en efecto, la ciencia superior, porque es la base de todas las otras, la que presupone todas las demás (1).

Nada es verdadero que no sea lógico, ni en las ciencias físicas ni en política, ni en ninguna rama del saber humano. Los matemáticos, que muchos consideran como los dueños de las verdades más verdaderas, acuden a la lógica cuando rechazan todo lo que lleva al absurdo, es decir, todo lo que es ilógico e implícitamente se apoyan en ella en cada demostración. “Si el número gobierna al mundo, ha dicho Stanley-Jevons, la lógica gobierna al número”. Y yo agregó que ella no hace descansar su derecho sobre su antiguo título de legisladora del pensamiento, sino sobre el hecho que las cosas que constituyen el objeto de las ciencias especiales guardan

---

(1) Llega a ser la tarea del lógico reducir, ordenar, interpretar y prever lo complejo de los objetos externos que llamamos mundo fenomínico.

entre sí relaciones generales que forman el objeto de la lógica.

Es lo que Stuart Mill notó hacia la mitad del siglo XIX, aunque no supo sacar de ello todas las consecuencias.

“La lógica, dijo, es el juez común y el árbitro de todas las investigaciones particulares. No se propone hallar la prueba, pero decide si ha sido hallada”.

No incumbe a la lógica enseñar al cirujano cuáles sean los signos de una muerte violenta; él debe aprenderlos por su experiencia propia o por la de aquellos que antes de él se dedicaron a este estudio particular. Pero la lógica juzga y resuelve si esta experiencia garantiza suficientemente sus reglas y si sus reglas justifican lo suficiente su práctica. Ella no le proporciona las pruebas, pero le enseña cómo y porqué éstas son pruebas y el medio para apreciar su valor.

La lógica no muestra que tal hecho particular prueba tal otro, pero indica las condiciones generales de acuerdo con las cuales unos hechos pueden demostrar otros”.

Si la obra de Stuart Mill tuvo tan notable influencia sobre el desarrollo de la ciencia lógica, no es porque haya considerado ésta como ciencia de la prueba, sino porque ha sugerido el estudio metódico de las condiciones o relaciones generales que unen las cosas de la naturaleza, presentando bajo la diversidad de los fenómenos concretos, la uniformidad de las leyes generales de sucesión y coexistencia que aseguran el orden universal.

Probar no es sino mostrar que ciertas relaciones están precedidas, acompañadas o implicadas por otras.

Lo que más importa es conocer la naturaleza y la ley de estas relaciones. Unir un hecho físico, químico, biológico, etc., con su respectiva causa, es tarea de las ciencias particulares, pero la ley de causalidad, en sí misma independiente de los casos concretos, no cae bajo la jurisdicción especial de ninguna de las ciencias físicas, químicas o biológicas, ella corresponde a una ciencia más abstracta y más general. Esta ciencia no puede ser más que la lógica, como Stuart Mill lo hizo ver prácticamente en su “Sistema”.

La incertidumbre de las opiniones al respecto deriva, yo creo, de que se olvida la evolución natural de todas las ciencias.

Se ha empezado, por lo general, por estudiar los casos más accesibles a los sentidos y las relaciones más concretas antes de poder descomponerlos en sus elementos y llegar a las relaciones más abstractas.

La óptica empezó por el estudio del ojo, que no considera ahora más que un aparato.

La lógica inauguró sus trabajos estudiando el razonamiento, que no es más que un medio para conocer las relaciones objetivas más generales llamadas lógicas, así como el ojo no es más que un medio para percibir los fenómenos objetivos, llamados ópticos.

Pero no debemos estacionarnos en el punto de partida. Es bueno aprender el camino, pero sin olvidar que es un medio y no un fin.

El método es digno de considerarse, pero el resultado lo es aun más.

No obstante, los lógicos de los siglos pasados se obstinaron en no prestar atención más que al camino, al método, olvidando la meta, el resultado.

Así el razonamiento deductivo o silogístico ha sido, desde Aristóteles hasta Stuart Mill, el objeto principal de los tratados de lógica. Luego se agregó el razonamiento inductivo basado en los métodos experimentales. Pero, ¿qué es lo que estas dos clases de razonamientos se proponen? Establecer relaciones entre las cosas. Son, pues, estas relaciones las que constituyen el objeto real de la investigación lógica. Es sorprendente que haya sido necesario tanto tiempo para reconocer esto y que haya todavía autores que duden de ello.

Resumiendo, es necesario abandonar la vieja concepción de la lógica y renovar el estudio de esta ciencia dándole como objetivo no las operaciones intelectuales, sino las relaciones objetivas que estas operaciones sirven para conocer.

El silogismo será siempre examinado, pero a la manera del físico que describe la máquina eléctrica como un instrumento más o menos útil a sus investigaciones científicas.

El horizonte será entonces más amplio y la tarea más fecunda.

## El Triunfo Argentino

Pertenece al grupo de nuestra poesía heroica, suscitada por las invasiones inglesas, el poema de don Vicente López y Planes titulado *El Triunfo Argentino*, romance de 1112 versos endecasílabos, con que el autor pretendió entregar a la posteridad la figura de Liniers rodeado del pueblo de Buenos Aires, del modo como Homero y Virgilio inmortalizaron al héroe griego y al troyano, respectivamente.

El documento así incorporado al acervo de las letras argentinas, reúne para el historiador interesantes informaciones de índole cultural y política, ya que no podemos encomiarlo sin reservas por su valor estético, debido al indiscreto prosaísmo que a intervalos asoma tras el aparato del mito y la versificación, y a las frecuentes faltas de buen gusto en que a ésta se la sorprende, sea por deficiente dominio del arte métrico, sea por exceso de agitación del poeta conmovido por la visión de los acontecimientos de la víspera, en que acaso había tomado parte fusil en mano o junto a la cureña del cañón (1).

---

(1) Hé aquí ejemplos por los que se podrán conocer algunos de los descuidos de López en la parte formal de su poema:

“ Mas el triunfo alto de mi patria amada  
“ *Al alma* inspira ardor desconocido”.

(v. v. 7. 8).

En estos versos hallamos una sinalefa (*triumfo alto*) dura e ilegítima, por la estrecha conexión gramatical de los dos vocablos y empezar el segundo con una sílaba fuertemente acentuada. Además, las cuatro palabras: *patria amada al alma*, forman un buen ejemplo de pobreza fonética.

“ ¿Cómo olvidáis el nombre esclarecido  
“ Que Malborough os dió? ¿Los países cultos  
“ Qué dirán de Britania?”

(v. v. 149-151).

“ Al oír la muerte el trueno repetido”

(v. 159).

“ Arrancados de raíz embravecidos”

(v. 131).

En todos estos versos hay una sílaba de más por causa del vicio que aún no ha perdido la gente suburbana de decir *páís*, *oír*, *raíz*, etc., dip-



*El Triunfo Argentino* es poema nacional por la euna y tradición del poeta, la materia del canto, y la emoción animadora, que como un rocío de lágrimas o un aliento de fuego caliente y suaviza la rígida frialdad del molde clásico. Ya se invoca a los “*compatriotas felices, hijos dignos de la gran Buenos Aires*”; ya se victorea a la patria, “*morada del valor, del heroísmo*” y a la vez “*terror del anglo, honor de Iberia*”; ya se nos muestra a las “*matronas indias*” el rostro encendido por la exuberancia del entusiasmo bélico; y finalmente contemplamos el Plata, como el Escamandro y el Tíber, convertido en “*sacro río*” cuyo numen se yergue entre un coro de náyades medrosas para imprecicar el favor y la clemencia del “*Padre Eterno*”.

Pero con todo, en la letra de este poema aún no se perfila más que a medias el autor del himno nuestro. El remanente le vincula todavía a la influencia de la política y la cultura impuestas por España a sus vasallos de América. El inglés invasor representa para el poeta no sólo el enemigo de su patria, sino también el “*el contentor de los romanos ritos*” contra quien arma Dios el brazo de Liniers, cuya espada fué sostén “*del culto y religión de nuestros padres*”; y aunque tropece- mos con pasajes como el que empieza: “*¡Oh, sacras almas! ¡so-*

---

tongando la combinación fonética de vocal llena con vocal débil acentuada. Esta aberración debió ser muy tenaz en López, pues de ella nos da muestra en la primer palabra del Himno Argentino:

“ *Óid, mortales, el grito sagrado*”, etc.

Como puede notarse por el verso que sigue, también supo usar López endecasílabos de *gaita gallega*:

“ *Víctima entonces de vuestro heroísmo...*”  
(v. 856).

Para terminar, van ahí dos ejemplos de arritmia, o más bien, de ritmo prosaico:

“ *En rauda vuelo hasta Montevideo*”...  
(v. 819).

“ *La sangre *expersa* de los argentinos*”...  
(v. 834).

*sobrehumanos héroes!*” donde podría atisbarse la visión profética (1) de los acontecimientos posteriores a mayo de 1810, cuán lejos, en realidad, parece hallarse el poeta de pensar que seis años más tarde había de ser él quien escribiera estrofas tan impregnadas de furor nacionalista, como las que se pueden leer en la canción argentina.

La verdad debe ser, pues, que López, al cantar el triunfo argentino, cantaba asimismo el triunfo de España sobre las armas del enemigo insular, y la consolidación del dominio ibérico en las tierras americanas.

A menos que una hipererítica muy suspicaz y prolija llegue a demostrar lo contrario, tal conclusión se infiere de pasajes como éste, en que alabando el heroico entusiasmo de los guerreros de Buenos Aires, dice el poeta:

“ Esta llama feliz la ha fomentado  
“ vuestro vasallo fiel, vuestro caudillo,  
“ el ilustre Liniers. En su presencia  
“ se ve a Marte en los pechos argentinos.  
“ Este marcial furor irresistible,  
“ auxiliado, Señor, del alto empíreo,  
“ *ligará ya con eternal cadena*  
“ *a vuestro excelso trono estos dominios.* (2)

y del siguiente, en que se encarece la lealtad y el puro amor de los defensores hacia el rey Carlos, y se estima a aquellos como a soldados que honraron a la propia España:

(1) “ ¡Oh sacras almas! ¡sobrehumanos héroes!  
“ La gloria recogió vuestros suspiros  
“ En su seno inmortal; en su almo templo  
“ Colocó vuestro nombre: allí esculpido  
“ durará para honor de España toda;  
“ La capital a sus futuros hijos  
“ Lo enseñará exaltada, y vuestros hechos  
“ *Servirán a más gloria de incentivo*”...

(v. v. 709-16).

Aún admitida la legitimidad de una interpretación mística de las palabras en bastardilla, todavía nos sería permitido dudar de si el augurio de gloria iba dirigido solamente a los hijos de Buenos Aires o era extensivo a toda España. La última hipótesis parece más aceptable, puesto que tanto los criollos como los españoles debían estar incluidos en la invocación que da comienzo al pasaje transcrito.

(2) V. V. 84. 91.

- “; Salve, terror del anglo, honor de Iberia,
- “ modelo de lealtad, espejo fino
- “ de amor a Carlos y su culto sacro. (1)

Si la posición política de este poema puede ser algo ambigua en virtud de los citados lugares, y de otros en que se invoca enfáticamente a Carlos IV como al legítimo y benigno Señor de América, no pasa lo mismo con su filiación estética, si tal puede decirse de una composición en verso que muchas veces no tiene de poético más que la rima y la división periódica de su largo aliento.

La escuela literaria de López fué la que en el siglo XVIII podía profesar un escritor disciplinado por la docencia universitaria, tan empapada entonces de elasisimo y latinidad, como enjuta y menesterosa de esas materias lo está en los tiempos que al presente corren.

No se piense, sin embargo, que pudo hacer prodigios de restauración de la belleza antigua, un discípulo de la Universidad de Córdoba, por cuyas aulas que eran baluarte de la Teología y la Silogística, no habían pasado sino en especies mortecinas y fugaces los Dioses, las Ninfas y los Héroes del paganismo, devueltos a la vida moderna por el sentir libérrimo del siglo XV italiano.

España misma, en el siglo XVIII, con sus Cupidos, sus Cloris, sus Lydias y Galateas puestas al servicio de cuanto falso pastor enamorado quería llorar desdenes de recatadas doncellas; con sus Mavortes, Apolos, Melpómenes y Minervas que pasan como figuras de melodrama por escenas literarias de más altos motivos, no hizo más que tornar indigesta y frívola una tradición poética que nos había llegado a través de la latinidad asociada a nombres tan insignes y paladeados como los de Horacio y Virgilio.

Si en España, a contar desde las gracias sibilinas de Góngora y sus adeptos, es menester comenzar la requisición poética desde la sensibilidad anacreóntica de Meléndez Valdés y pasar por el desenfrenado Cienfuegos y el impecable atildamiento de Gallego y Moratín, para hallar con la majestad pindárica de Quintana un émulo digno de la musa griega y latina,

---

(1) V. V. 1025. 8.

¿qué podremos vislumbrar de esa tersa y límpida hermosura en los centros estudiantiles de América, donde los intereses políticos de Dios y del Estado habían opuesto un doble *murus aheneus* al espíritu redivivo de la antigüedad?

Fué así como el autor de *El Triunfo Argentino*, careciendo de la facultad intuitiva de descubrir fuera y dentro de su alma el mágico esplendor de la verdadera poesía, que resiste a las transformaciones históricas de ideas y sentimientos, ya se arrastra por el desmayado prosaísmo de la descripción menuda de lo visto y vivido en el día anterior (1), o ya quiere levantarse a las alturas de los mitos paganos, y nos presenta, por ejemplo, una Aleeto cuya estampa descompuesta y bravía bien puede ser comparada con la de una mujer en crisis de histerismo.

Latente está, a pesar de todo, el esfuerzo del poeta por aplicar al asunto de su canto el sello de su ideal estético; y sírvennos de advertencia preliminar los tres versos del libro oncenno de la Eneida, puestos en la portada del poema argentino como un sonoro anuncio de la materia épica:

*Bellum importunum, civis, cum gente Deorum, etc., etc.*

Desde este instante fácil es descubrir, no solo la posición literaria de nuestro vate, sino también el abrevadero predilecto de sus imágenes, metáforas y alegorías, hasta donde le fué posible hacer coincidir la realidad contemplada, esueta y recia, con la esencial hermosura de un asunto que ya casi elaborado y dócil a los instrumentos del arte, el poeta romano había recogido de la suelta y profícua tradición, donde tan entreveradas y a las veces indiscernibles corren la historia y la leyenda, lo real y lo fantástico.

Léanse estos cuatro versos de la introducción del poema:

“ Hijo de Apolo, tu sublime acento  
“ Suspende un tanto, mientras el furor mío,  
“ Lazándolo del pecho, a su sosiego  
“ Torno mi espíritu hora enardecido.”

(v. v. 1-4)

---

(1) V. V. (266. 308), (361. 373), (440. 485), (610. 685).)

e inmediatamente surgirá en la imaginación la figura inquieta de la sibila de Cumas, que en el libro VI de la Eneida, demudado el semblante, hórrido el cabello, la boca temblorosa y el pecho entumecido por el divino aliento de Apolo, predice a Eneas lo que el numen le dicta, y luego de pronunciar el *carmen fatale* recobra la compostura y tranquilidad habituales. Como la sacerdotiza de Apolo se aquieta y serena manifestando el pensamiento profético, el poeta, que es sacerdote del mismo dios y habla inspirado por el propio numen, busca también la calma de su espíritu dando forma sensible a la creación poética.

Virgilio de igual modo presta a López el *Deus ex machina* del poema.

Recuérdese cómo las peripecias del héroe troyano estuvieron sujetas a las influencias opuestas de los Hados, por la circunstancia de ser aquél hijo de Venus y a la vez objeto de la ira de Juno contra el pueblo de Ilión. Escuchemos a la esposa de Júpiter en el libro I de la Eneida:

*Mene incepto desistere victam...?*

(v. v. 37 y sigtes.)

y luego en el reino de Eolo:

*Gens inimica mihi Tyrrhenum navigat acquor...*

(v. v. 67 y sigtes.)

Como no obstante la conflagración de los vientos y la complicidad del mar, Venus salva a Eneas y a sus acompañantes en la costa de Cartago, donde restauran las naves para abordar finalmente a las costas itálicas, término del viaje decretado por el Destino, nuevo despecho exalta el corazón de Juno y nuevo propósito de hostilizar a los troyanos se alza en su mente. Estamos en el libro VII de la Eneida (v. v. 292 y siguientes), en que aparece la Diosa iracunda haciendo un razonamiento por el estilo del que ya hemos hallado en el libro I; mas, se nos presenta aquí una deidad infernal que ha de servir de instrumento a la perfidia olímpica: Alecto (v. v. 323 y siguientes). Con el auxilio de este calamitoso monstruo consigne Juno que los latinos opongan sus armas a los pacíficos

huéspedes troyanos, y da comienzo Virgilio a la narración de la verdadera *res bellica* del poema.

Aquel personaje, como habitante del Infierno, ofreció a López la figura sobrehumana que necesitaba para dar trascendencia mitológica a la materia de *El Triunfo Argentino*; y así como en la Eneida Alecto enciende en ira y emulación el ánimo de los Rútulos (VII-421.2), en el poema platense aparece removiendo pasiones semejantes en el alma de los soldados británicos (1) que ya habían sufrido el primer fracaso militar en las costas argentinas.

En el libro VIII de la Eneida (v. v. 31 y siguientes), Virgilio hace aparecer el numen del Tiber, que como Dios tutelar del Lacio habla paternalmente a Eneas dormido, amonestándole sobre la voluntad de los Hados. Análoga figura poética nos muestra López, personificando al Río de la Plata, que enternecido por las súplicas de las Náyades, cuando más arrecia la destrucción y la matanza en las calles de Buenos Aires, dirige esta plegaria al “Grande Jove”:

- “ ¡Oh Padre Eterno a cuyo poderío  
“ los cielos obedien y la tierra,  
“ mirad de vuestro asiento este enemigo  
“ que atropella las leyes más sagradas, etc., etc. (2)  
(v. v. 780 y sigtes.)

Decree desde este momento la resistencia de los invasores hasta que un personaje alegórico, el Consejo, llega a presencia de Whitelocke y le disuade de su empeño con estas palabras:

- “ He visto tu derrotar: el exterminio  
“ por todas partes circundarte veo,  
“ y a librarte tan solo aquí he venido;  
“ tú estás rodeado de habitantes fuertes:  
“ la envidia los pintó con coloridos  
“ que impidió que brillasen a tus ojos  
“ su lealtad, su valor y su heroísmo... ”

(v. v. 916-943).

(1) V. V. 108.21. — El discurso puesto aquí en boca de Alecto es imitación del que Virgilio atribuye a Juno en el libro I, v. v. 38. 49, de la Eneida.

2) Esta rogativa del Plata es en parte imitación de la que Venus dirige a Júpiter en el libro X, v. v. 18 y siguientes de la Eneida.

Igual sentido que el discurso precedente tiene el que Rances dirige al rey Latino, aconsejándole, en vista de la inquebrantable fortaleza de los troyanos, a ajustar la paz después de realizar la postergada alianza de sangre. (Eneida: XI-343 y siguientes).

Las razones del rey Latino, que convencido de la inanidad de sus fuerzas frente a la voluntad de los Hados protectores de Eneas, desiste de oponer su nación al avance del pueblo predestinado (XI-305 y siguientes), son las mismas que presta don Vicente López al jefe inglés después de oír la voz del Consejo:

“ Guerra importuna hacemos con varones  
“ del poder de los Dioses revestidos;  
“ varones invencibles cuyo esfuerzo  
“ no sucumbe a la guerra...”

(v. v. 949-64).

Con esta arenga de Whitelocke termina *la res bellica* glorificada en *El Triunfo Argentino*.

Además de los pasajes indicados se pueden citar los siguientes, cuya filiación virgiliana es fácil establecer, ya sea por que se trata de reminiscencias de expresiones e imágenes contenidas en la Eneida o ya de imitaciones de algunos lugares de este poema:

<i>Triunfo Argentino</i>	<i>Eneida</i>
v. v. 47.59	Lib. VII v. v. 623 y siguientes
.. 156.8	.. VII .. 512.4
.. 194.8	.. IX .. 25.32
.. 302.8	.. IX .. 33.9
.. 319.21	.. VII .. 40.1
.. 656.60	.. VIII .. 213.67
.. 699	.. II .. 32.7
.. 859.72	.. II .. 125.156

La conclusión que de las observaciones precedentes puede inferirse, es que López, al escribir *El Triunfo Argentino*, tuvo casi siempre en su imaginación la “Eneida” y de ella tomó la forma esencial de su poema.

Si nuestro poeta no llegó a realizar su intento, es decir, perpetuar en la inmortalidad de la belleza la memoria de los hombres y de los hechos de armas que estimulan su Musa, la culpa fué de haber elegido para cantar acontecimientos que estaban aún bajo sus ojos, la forma rígurosamente narrativa, habiendo podido emplear el lirismo heroico que al menos da ocasión de sobreponer a la realidad angulosa y desnuda el velo de la inquieta fantasía movida por los vaivenes del sentimiento.

Y si la influencia del modelo altísimo no le salvó de los prosaicos abandonos que a cada instante hacen planear al poeta a rás de tierra, justo es reconocer, que para tiempos de Moratín, tampoco brillan los endecasílabos de López por esa uniforme y casta serenidad de mármol con que el clásico verso italiano salió ataviado del seno de la poesía erudita.

Como las precedentes observaciones son susceptibles de rectificación y ampliación, y es tema de examen general el estudio de *El Triunfo Argentino*, relacionado con la Eneida, se dará comienzo en el presente número a la publicación del primero de los poemas aludidos, para que otros con más espacio den perfección a este trabajo.

L. Matharan.



## EL TRIUNFO ARGENTINO

### POEMA HISTORICO

En memoria de la heroica defensa de Buenos Aires contra el ejército de 12.000 hombres que le atacaron los días 2 a 6 de Julio.

*Bellum importunum, cives cum gente decorum;  
invictisque viris gerimus quos nulla fatigant  
proelia, nec victi possunt absistere ferro.*

VIRG. *Aenei* XI.

- 1 Hijo de Apolo, tu sublime acento  
Suspende un tanto, mientras el furor mío  
Lanzándolo del pecho, a su sosiego  
Torno mi espíritu hora enardecido.
- 5 Mi trompa es débil, celestial la tuya,  
Por eso teme el acorrerme Clío;  
Mas el triunfo alto de mi patria amada,  
Al alma inspira ardor desconocido:  
Déjame cantar, deja que ceda
- 10 Esta vez mi rubor al patriotismo.  
Grata a mis votos ven, divina Musa,  
Bate tus alas, baja del Olimpo,  
Y pues enseñas a cantar proezas,  
Anime tu favor mi plectro tibio.
- 15 Rayó una aurora en que indignado el cielo  
Permitió en desventura que los brillos  
De Buenos Aires, por sorpresa infausta,  
Quedaran tristemente obscurecidos.  
Pero este aciago día, recordando
- 20 A sus hijos su ser y el poderío  
Del Dios que fascinados ofendieran,  
De su felicidad fué el gran principio.  
Desde entonces sumisos venerando  
Del grande ser los soberanos juicios,
- 25 Postrados a los pies de los altares,

- Imploraron con lágrimas su auxilio.  
No fueron vanos tan humildes votos,  
Los oyó el cielo y suscitó propicio,  
Al grande héroe del Sud, nuevo Pelayo,  
30 Que supo, como aquel, favorecido  
De brazo celestial, destruir el trono  
Que el contemptor de los romanos ritos  
Osada levantara en este suelo,  
Sosteniendo su espada el edificio  
35 Del culto y religión de nuestros padres.  
Libre ya Buenos Aires del abismo  
De males que su ruina apresuraban,  
Gozosa vió reflejos peregrinos,  
Que preparaba a su esplendor el jefe;  
40 Vió su celo incansable; fué testigo  
Del alto esfuerzo con que su entusiasmo  
Emprendió en los vecinos infundirlo.  
No se engañó el caudillo: halló habitantes  
Dispuestos a exceder en heroísmo  
45 A falanges guerreras que sus vidas  
Consagraran al bélico ejercicio.  
Tanto es el fuego que sus almas nutre  
Que ¡oh! ¡quién lo creyera! el parvulillo  
No tanto aprende la invención de Cadmo,  
50 Cuanto ejercita el movimiento activo  
Con que el guerrero los cañones juega.  
El que de Ceres los tesoros ricos  
Buscando se afanaba; el que en el templo  
De palas solo hallaba regocijo;  
55 El que en busca de próspera ventura  
Siguió las huellas que estampó el fenicio,  
Miran con odio el plácido sosiego;  
Las armas buscan, el marcial ruido  
Es continuo embeleso de sus almas,  
60 No teniendo otro anhelo, ni otro ahinco  
Que el aprender la militar pericia.  
— Tiende la vista, Soberano digno,  
Honra este suelo por momentos pocos;  
Ve allí acampado cabe el ancho río

- 65 Ese ejército grande; vé la veste  
Militar que los orna; vé el crecido  
Número de estandartes y banderas;  
Vé cual se puebla de ordenados tiros  
El aura conmovida; cual varían
- 70 Diestramente sus puestos al sonido  
Del clarín y atambor. ¿Qué tropa es esta?  
Preguntarás, Monarca muy benigno.  
Oh! ínclito Señor, esta no es tropa,  
Buenos Aires os muestra allí sus hijos:
- 75 Allí está el labrador, allí el letrado,  
El comerciante, el artesano, el niño,  
El moreno y el pardo: aquestos solos,  
Ese ejército forman tan lucido.  
Todo es obra Señor de un sacro fuego
- 80 Que del trémulo anciano al parvulillo,  
Corriendo en torno vuestro pueblo todo  
Lo ha en ejército heróico convertido.  
Esta llama feliz la ha fomentado
- 85 Vuestro vasallo fiel, vuestro caudillo,  
El ilustre Liniers. En su presencia  
Se ve a Marte en los pechos argentinos.  
Este marcial furor irresistible,  
Auxiliado, Señor, del alto empiro,
- 90 Ligará ya con eternal cadena,  
A vuestro excelso trono, estos dominios.  
Mas, ¿qué súbito trueno me horroriza?  
¿Quién allá con horrisonos bramidos  
Conturba toda la mansión del Orco?
- 95 ¿Qué fantasma es aquel? ¿O que vestigio?  
Aleto... Aleto... el pavoroso monstruo,  
De Plutón y la noche producido,  
Levanta su cabeza de culebras,  
Crinada con horror. El lago Estigio
- 100 Con ondas espumosas se embravece;  
El Cerbero, con hórridos ladridos  
Hace temblar el Erebo profundo:  
Así el pavor en torno del abismo,  
Súbito esparce el iracundo monstruo,

- 105 Al ver la capital, al ver sus hijos,  
Al ver sus habitantes que resisten  
Con guerrero poder sus maleficios.  
¿Será posible, brama, ardiendo en ira,  
Que solo en este pueblo mi dominio
- 110 Hollado he de mirar yo que a Britania  
Armé contra él? ¿Que la hayan abatido  
Podré sufrir? Si miro indiferente  
Esta victoria y los preparativos  
Que le concilian eternal sosiego,
- 115 ¿No se verá ultrajado el poder mío?  
Si el británico orgullo así se abate,  
¿Quién podrá hacer valer ya mi designio  
De ejercitar mi saña entre los hombres  
Turbando el mundo nuevo y el antiguo?
- 120 No, no es posible: emprenderé de nuevo  
Rendir a mi furor el argentino.  
El tartáreo monstruo se resuelve  
A valerse otra vez del atrevido  
Bretón; su cuerpo sanguinoso arrastra
- 125 Por entre breñas y escarpados riscos,  
Y llega a Albión; allí distintas formas  
Toma a la vez, apura el artificio  
De su pecho infernal, y así enfurecen  
Al ánglico guerrero sus bramidos:
- 130 “¿Qué? El trono ilustre de la Gran Bertaña,  
El templo de una gloria, en tantos siglos  
Buscada entre la sangre y la fatiga,  
Verá enlutada con un velo indigno?  
¿Verá una porción de meros habitantes,
- 135 De Belona e nel arte aún no instruidos,  
Borrará impunemente tanta gloria?  
Una nación que ha visto hasta el Olimpo  
Encumbrado su nombre ¿sufrir puede  
Ser burlada de míseros vecinos?
- 140 ¿Vosotros sois los célebres britanos  
Que os gloriais de haber solos resistido  
¿De Napoleón al soberano esfuerzo?  
Vosotros sois aquellos que habeis dicho

- A la faz de la Europa, que un britano  
145 Es bastante a rendir cuatro argentinos?  
¿Qué se ha hecho pues vuestro marcial aliento?  
¿Dónde está que no os veo enfurecidos  
La venganza llevar a aquellos mares?  
¿Cómo olvidáis el nombre esclarecido  
150 Que Malborough os diera? ¿Los países cultos  
Qué dirán de Britania?" Más no dijo:  
Contra la Capital clama la plebe,  
El comercio, el gobierno hacen lo mismo;  
Se alegra el monstruo del feliz suceso  
155 Y rauda baja al infernal Cocito.  
Retumba todo el hórrido Aqueronte  
Al tronar de su voz; hienden sus silvos  
Toda el aura letal: llama a la muerte.  
Al oír la muerte el trueno repetido,  
160 Rápida sube en su tremendo carro  
Que al monstruo Guerra ordena conducirla.  
Esta con rojo azote, abruma, agita  
Los rabiosos caballos denegridos,  
Y el carro guía a do el bretón navega.  
165 Los bajeles de Albión el cristalino  
Océano hienden y espumosa senda  
Patente dejan por doquier han ido.  
He ahí que abordan la marcial ribera  
Y un bosque forman sobre el ancho río.  
170 Aqueste amago el español aliento  
De ningún modo abate; endurecidos  
A la tierna impresión que ante su vista  
Tristes cuadros presenta, nuevos bríos  
Sus ánimos recobran: con faz leda  
175 A Marte espera, pues lo ven propicio.  
Viendo el ánglico jefe la Ensenada  
Ofrecerle sus playas sin peligro,  
Las llena diestro con sus vastas haces  
Y las pone ordenadas en camino.  
180 Esta noticia, rápida volando,  
Por el pueblo discurre, y ya el caudillo  
▲ las armas lo llama; en el momento,

- Por todas calles número infinito  
De ilustre juventud a los cuarteles  
185 Correr se ve, llevando tras su brío,  
Tras su heroico valor, tras su entusiasmo,  
Al natural, al cuarterón y al hijo  
Del tostado habitante de Etiopía.  
Entre la muchedumbre, el jefe mismo  
190 La bandera tremola, y con semblante  
De una alma generosa solo digno,  
Anima y dice que se acerca el anglo  
Por la segunda vez a ser vencido.  
No de otra suerte el general hispano  
195 Discurre las legiones expresivo,  
Que cuando el Ganges caudaloso corre  
Y va tomando de los siete ríos  
El tributo que plácidos le rinden.  
¡Tierno eco de la sangre! ¿Quién deshizo  
200 Al tiempo de esta alarma tus impulsos,  
Que jamás aún el héroe ha resistido  
Cuando a la guerra y a la muerte marcha?  
¡Almas sensibles! ¡Corazones píos!  
El pasmo perdonad que me anajena  
205 Al pensar en tan alto patriotismo.  
La tierna madre en su regazo oprime  
Y baña con sus lágrimas al hijo  
Que huye sus brazos y a la lid escapa:  
La esposa, el corazón más afijido  
210 A su consorte ofrece, en los momentos  
Que lo roba el honor al atractivo  
De su plácido seno; el tierno infante  
Sus brazos cruza, que la vez de grillos  
Hacen del padre en las rodillas caras,  
215 Y se deshace en lúgubres gemidos.  
Así el hijo, el consorte y aún el padre,  
Sin dar estima de la sangre al grito,  
Corren al duelo y a los grandes riesgos.  
El dragón fuerte y el feroz marino:  
220 El infante aguerrido, el artillero,  
El castellano y diestro vizcaino,

- El asturiano y cántabro invencible,  
El constante gallego, el temible hijo  
De Cataluña, el arribeño fuerte,  
225 Y el andaluz se aprestan al conflicto;  
Los pardos, naturales y morenos  
Pruebas dan de lealtad y patriotismo.  
Vuelta triunfante o féretro glorioso  
Es del húsar el único partido;  
230 El labrador y fiel carabinero  
Y el cazador no tardan en su auxilio:  
Prepárase también ¡oh Buenos Aires!  
El bélico furor de tus patricios,  
Y a la lid se disponen: ya están prontas  
235 Las falanges guerreras: ¡cuánto brío  
Y alegría presentan! Ya la marcha  
Ordena el atambor. Al enemigo  
Con ansias todos de encontrarlo, corren,  
Y a vencer o morir comprometidos,  
240 D esus padres tres sí los votos llevan.  
¡Pasmosa intrepidez! ¡Qué vaticinio  
Ofreciste tan próspero a la patria!  
¡Oh! ¡cuál mudaste ante los ojos míos  
La palidez de las matronas indias,  
245 Haciendo arder sus rostros amarillos  
La llama que en sus ánimos prendiste!  
“Andad, varones”, no faltó quien dijo,  
“De esta gran capital habitantes:  
Ledos marchad, destruid ese enemigo,  
250 Que viene a degollar a vuestras hijas,  
Vuestras esposas, vuestros tiernos niños,  
Y todo lo que hasta hoy formó el objeto  
De vuestro amor y paternal cariño.  
Adiós nuestra esperanza, adiós campeones,  
255 Triunfadores volved esclarecidos.”  
Así por entre armónicas sonatas,  
A cuyo són marchaba el argentino,  
Se oyeron resonar aquestos rasgos  
De algunas heroínas, y festivos  
260 Respondían con vivas los guerreros.

- Así a otras también, cual torbellino  
El varonil ejemplo las relata  
Y de farda marcial con muy prolijo  
Cuidado se ornan, y después de armadas,  
265 Abandonan su hogar para seguirlos.  
Mientras el pueblo nuestras tropas dejan,  
El britano Grawfurd se avanza altivo  
Dando prisa y fervor a su columna.  
270 Con laurel que aun no tiene conseguido,  
Coronado se juzga; ya en batalla  
Los hispanos lo esperan; ¡con qué ahinco,  
Con qué impaciencia anhelan se decida  
La suerte de sus armas, convencidos  
De su alto esfuerzo y su sagrada causa!  
275 Pero Grawfurd se asombra; ha distinguido  
La línea formidable que la entrada  
Por la puente le impide; observa activo  
La inmensa artillería que arrasarlo  
Pavorosa le amaga, y advertido  
280 De sus guerreros, el consejo escucha  
Que no admite la acción: toma el camino  
Que al paso de la Esquina recto guía  
Y sin óbice a puestos escogidos  
Sus batallones pasa. El jefe hispano,  
285 Destaca una legión para batirlos.



## Páginas de comedia

### ESCENA VIII

CARRASCO — CARLUCHO

*(Carrasco, hombre que en este año de desgracia ha de tener hasta 45 años, goza, entre sus amigos más jóvenes, de un gran ascendiente espiritual por la rectitud de su vida y la valentía de sus opiniones. Ha sido llamado por Carlucho, sujeto de una sensibilidad casi morbosa, buena cabeza y mejor corazón, para que lo asesore en un trance crítico de su vida. Al entrar Carrasco en el despacho de Carlucho, acaba de retirarse una dama, de la cual no es menester decir palabra porque nada tiene que ver con la escena que aquí se transcribe, para contento de unos y descontento de otros.)*

CARRASCO. — Buen día. *(Se repantiga en un sillón.)* Vamos, hombre, no salgo de mi asombro. Me llamabas con una urgencia que por un momento me creí Asistencia Pública o Cuerpo de Bomberos. Y cuando esperaba verte apoltronado, con la mirada fija en el suelo, el puño sobre la sien, *(adopta un momento esta postura)*, cavilando sobre tu terrible “conflicto moral”, te encuentro en amable palique con una dama.

CARLUCHO. — Carrasco, te ruego que no sigas en ese tono. Quiero verte serio. El asunto lo exige. Por lo menos, a mí me parece que lo exige: se trata del derrumbe de toda mi existencia... *(Cierra los ojos haciendo una mucca de angustia.)*

CARR. — Seguramente exageras.

CARL. — Estoy, Carrasco, enfermo, irreparablemente enfermo.

CARR. — Irreparablemente... ¿es posible?

CARL. — ¡Tan posible! Mírame la cara. Parezo un espectro, ¿verdad?

CARR. — Un poco de anemia, nada más.

CARL.—Algo más que anemia. Esta mañana me hice ver por el doctor Fernández. Y adiviné, a través de su reserva, el diagnóstico grave. Me dijo que era un principio de consunción. Que abandonara en seguida los libros y todas mis tareas. Y que me fuera a las sierras de Córdoba. Y que en las sierras hiciera vida rústica, lo más rústica posible... (Pausa.) Yo creo que estoy perdido. No quiero hacerme ilusiones. ¡Sierras de Córdoba!... Eso me está revelando que mi consunción es tuberculosa.

CARR.—No hay que asustarse antes de tiempo.

CARL.—Sí no me asusto. No me creas tan cobarde. Lo siento, sí, pero no lo siento por mí. Tanto, que si fuera solo en el mundo tal vez ni luchara contra mi mal. Me dejaría extinguir como una vela que va consumiendo su propia sustancia. Pero hay dos grandes amores que me hacen insupportable la partida. Y que me dan ansias de vivir, ansias de naufrago... Son el amor de mi madre y el amor de mi novia. (Sollozante.) ¡Pobre vieja, pobre vieja!

CARR.—Tú siempre el mismo. Siempre atormentado por tu sensibilidad enfermiza. Sufres tus propios males y sufres los males de los otros. Vamos, seca esas lágrimas femeninas. Los hombres no deben llorar. Y si lloran alguna vez, deben hacerlo para adentro. Tú piensas con el corazón: he ahí tu desgracia. En tí, las ideas son un juguete del corazón, en lugar de ser el corazón un siervo de las ideas.

CARL.—¡Ah, qué fácil es predicar en frío!... ¿Qué pueden las pobres ideas cuando el corazón se ha convertido en un infierno?... Yo siento que esta caída de mi organismo envuelve la renuncia de María Elena, la pérdida del más puro de los amores... ¿Qué ideas van a consolarme de esta pérdida? (Sollozante.) ¡Renunciar a María Elena... Dios mío... eso es superior a mis fuerzas!

CARR.—Sin embargo, la cosa no tiene vuelta. Tú deber sería ese: renunciar a María Elena.

CARL.—¡Renunciar!... Tú, también, Carrasco...

CARR.—¿Qué protestas? Tú mismo lo has insinuado hace un momento.

CARL.—Sí, pero en los labios de otro esa frase me duele como una puñalada... (Pausa.) Sin embargo, tienes razón: de-

bo renunciar a María Elena. No hacerlo, sería una vileza de mi parte. Linda, joven, sana... tiene todos los derechos de gozar de la vida. Y conmigo, ¡pobrecita!... No. Yo no quiero ser la piedra de su camino... Si tengo que morir, me apartaré a un rincón, donde nadie me vea, como los perros enfermos...

CARR.—¿Quién habla de morir cuando tiene el remedio al alcance de la mano? Tú tienes que curarte dos cosas: el cuerpo y el alma. La naturaleza puede curarte el cuerpo. Y la voluntad puede curarte el alma. Nada hay más grande bajo el sol que la voluntad humana. Cultiva esa magnífica fuerza y verás cómo, con su auxilio, tu pasión amorosa se irá achicando y achicando hasta terminar en una dulce amistad.

CARL.—Ah, no. Yo no creo en lo último. La voluntad no puede nada contra el amor.

CARR.—Palabras y palabras. Vivimos enredados en las palabras. El amor no es más que una palabra. El amor, propiamente, no existe. Lo que hay es una serie de estados, de estados amorosos, más o menos intensos que se van sucediendo, casi siempre entre vacíos de olvido y de indiferencia. Por eso, puede decirse que el amor nace, muere y renace todos los días. Y bien, esos estados amorosos, como todos los estados afectivos, pueden ser dominados en los hombres que viven más con la cabeza que con su bajo organismo. Y para vivir con la cabeza hay que empezar por no dar tanta importancia a las mujeres, ni a ninguna cosa capaz de conturbar el equilibrio de nuestro espíritu. Y hacerse a la idea de que no existe en el mundo nada que merezca una lágrima. (*Pausa.*) Conviene tener como aspiración la de superarse a sí mismo. Y para superarse, no hay mejor camino que intelectualizar la vida y moralizarla viviendo de acuerdo con los imperativos del deber. De esta manera, se llega poco a poco a conquistar el reino de la serenidad interior que es el reino de la felicidad espiritual. La gente inferior, que es casi toda la gente, vive por debajo de este alto plano y, por eso, se roe y se carcome a sí misma, esclava de sus pasiones: la pasión del dinero, la pasión del amor, la pasión del renombre...

CARL.—Todo eso está muy bien, Carraseo. Pero sólo es aplicable a los seres superiores. No a mí, que me reconozco inferior, porque siento que todas las filosofías del mundo no me van a compensar la pérdida irremediable de María Elena.

CARR.—Entonces, cástate con ella. Mis consejos están de sobra. Al fin, no harías más que lo que hace todo el mundo: se casan los parásitos, los viejos, los crapulosos... Bien puedes tú... Pero todo eso revela una falta absoluta de sentido moral. No se piensa ni un segundo en la esposa-víctima, ni en que los hijos puedan nacer con sangre podrida en las venas.

CARL.—Tienes razón. Todo eso es egoísmo y villanía. Todo eso me repugna. Yo no soy, es cierto, ni crapuloso, ni viejo, ni parásito, pero soy un enfermo. Y eso basta. Tienes razón, no puede ser... Mi casamiento en las actuales circunstancias sería una bajeza que no me perdonaría nunca, nunca... (*Silencio. Luego, como resultado de su dialéctica interna:*) Sin embargo, tú lo has dicho: se casa todo el mundo, pueda o no pueda casarse... Nadie ni siquiera piensa en estas cosas. ¿Entonces, por qué tengo que ser yo la única víctima de la moral? ¡Oh, es muy cómodo predicar para los otros!

CARR.—Carlucho, eres injusto conmigo.

CARL.—Perdóname: ya ni sé lo que pienso ni lo que digo. (*Reflexiona un momento con la frente entre las manos.*) Sí... sí, estoy resuelto. Quiero terminar esta agonía cuanto antes. Ahora mismo, si es posible. Más tarde, lejos de tí, aca-so me faltara el valor. Voy a confesarle todo a María Elena... ¡Pobre pibita!... ¡Qué golpe!... Ella que vive con el corazón lleno de esperanzas... ¡Qué broma, qué broma pesada me está resultando la vida!

CARR.—Vas a confesarle todo, me dices... ¿Y después?

CARL.—Después, tranquila la conciencia, me iré, como un anacoreta, camino de la montaña.

CARR.—(*Dándole la mano.*) Muy bien hecho. Esa actitud te levanta. Ten ánimo, Carlucho, hasta el final. En estos tran-ces es donde se muestra la varonía. Yo te acompañaré por la montaña. Ya sabes que el comercio de los hombres me

asquea. Voy a llamarte a María Elena. Entre tanto, yo estaré con don Ramón. ¡Arriba ese espíritu! ¡Verás, después de la crisis, qué sosiego en el alma! El trance es amargo, pero no te importe. Las cosas amargas tonifican y el dolor moral, que es la suprema amargura, nos vuelve superiores. (*Abrazándolo.*) Hasta luego.

*Carmelo M. Bonet.*

---

# AURORA

En siniestra escarlata, relucía el poniente.  
Perdida en los fulgores, destellaba la cruz  
De un rojo campanario. Lloraba inmensamente  
La brisa, entre los álamos. El sol incandescente  
Arrojaba en los cielos huracanes de luz.

Pensé en los bruscos lobos, que al tierno peregrino  
Acechan, cuando vaga solo, con su dolor  
Y en las almas celestes y el ensueño divino  
Que aprisionan las sordas murallas del destino.  
Mis ojos se embriagaban en monstruoso esplendor.

Hermosa, murmurando canciones de sirena,  
Me decía la muerte su inefable querer:  
Tu carne transitoria será clara azucena,  
Se tornarán esfinges la alegría y la pena,  
En los místicos astros irradiará tu ser.

Recorría mis sienes un estremecimiento.  
Frente a mí una magnolia sus flores de marfil  
Odorífero abría. Letal recogimiento  
Brotando de las cosas llenó mi pensamiento.  
Mi corazón latía precipitado, hostil.

Acallé mis dolores: el amor no venido,  
Los días tenebrosos, el amigo falaz,  
Los adversos presagios del futuro escondido...  
Cubrió el trágico mundo mi tempestuoso olvido  
Con efluvios sedantes de ternura y de paz.

Y divisé risueños por mi angustia mis días.  
Despertaban mis fuerzas como un joven león.

Sobre la inmensa hoguera solar, las Tres Marías  
Brillaban, salamandras de inquietas pedrerías.  
Tras los follajes negros, centelleaba Orión.

Sonaron las campanas del rojo campanario.  
Arrastrado en sus sonos volé a la inmensidad.  
Los sublimes espíritus del azur solitario  
Me hablaban por la senda del sol, ya funerario.  
La tierra ensombrecida volvióse Eternidad.

## La renovación en la enseñanza secundaria

### UN PLAN DE REFORMAS

- I. El estado y el escolar — La educación cuantitativa — Su organización — Sus errores y resultados individuales y sociales. II. La educación cualitativa — Su objeto — organización de las actividades — La enseñanza secundaria del porvenir. III. Objeciones — Conclusión.

A la consideración y juzgamiento de las autoridades ejecutivas de la nación ha presentado Ernesto Nelson, el actual inspector general de enseñanza secundaria y especial, un plan de reformas completo del espíritu y modalidades que animan a esta causa educacional.

Una disección de mano maestra ha puesto al descubierto las fallas de la enseñanza media. En preciso y necesario momento remueve hasta en sus cimientos la institución que analiza. La enseñanza secundaria ha sido siempre la piedra del escándalo del edificio educacional. Para subsanar sus defectos, se ha dado en conservar, en construir y destruir, con afán immoderado e insano, como de manos temblorosas y vacilantes, acumulando errores prácticos y de principio con iniciativas meritorias: mosaico irregular y multicolorido, digno del complicado análisis que deberán hacer los anticuarios del porvenir.

Por el estrecho radio de acción social en que actúa, por los perniciosos efectos que esa institución en ejercicio causa en la juventud de las aulas, hánse dolido y preocupado eselarecidas intelectualidades de todas las naciones. Basta recordar al efecto la encuesta realizada en Francia en 1900, cuyos resultados están tan bien interpretados en la obra de G. Le Bon, "Psychologie de l'éducation". Entre nosotros los estudios de González, Magnasco, Fernández, Lugones y sobre todo muchas de las respuestas a la encuesta Naón (1910)—para no citar más que los de este siglo—han arrojado luz sobre esta cues-

ción. A la par que en casi todos los países, sufrimos muy en carne propia de las falsas direcciones y métodos educacionales de pedagogos rutinarios, o de ocasión.

Le Bon, y bien pueden aplicarse sus palabras al irremediable daño que nuestro régimen educacional causa en la juventud, ha dicho: “De sus ocho años de presidio, solo han guardado un intenso horror al estudio, y un carácter por mucho tiempo deformado”. (Obra cit., pág. 178). Individualmente, el esfuerzo perseverante de los pocos capaces de un consistente análisis retrospectivo logra rehabilitar sus mutiladas mentalidades, pero ¿qué decir de los inhabilitados para pensar, que se creen sabios porque el estado les ha expedido diploma de bachiller o universitario! Sin incurrir en el ingenuo error de achacar a la escuela la culpa entera, todo el mundo ha de concordar que en su organización actual radican buena parte de los males que aquejan a la sociedad. En la actual organización de la enseñanza media, la ruta obligada de los que la cursan, son los estudios universitarios. De ahí la formación de una clase universitaria, cuyas características, en su mayor parte, son las de una burocracia; los que la componen *hubieran* podido ser buenos comerciantes, agricultores o empleados...

Ernesto Nelson, cuya personalidad se ha revelado con rasgos simpáticos en múltiples ocasiones, ha desmenuzado sin reticencias, con recto criterio, el pesado rodaje del que es guía y consultor. Pero su obra encierra algo de mucho mayor valor: ha construído, y para ello ha puesto a contribución sus conocimientos y experiencia para una admirable y completa reorganización de la enseñanza secundaria. Con esos materiales, valiéndose de los últimos adelantos de la ciencia pedagógica (muy especialmente en Norte América), y teniendo por luminaria orientadora altas finalidades sociales, ha construído su obra, de tendencias netamente racionalistas.

Conveniente es, que este estudio—comentario y exposición de la obra de Nelson—siga en su parte crítica y negadora a la obra del crítico, y dedique una segunda parte a la del reformador. Prestaré mayor atención a la faz pedagógica y social de la cuestión. Como dice el autor: “dar vuelta el guante de nuestros conceptos educacionales, que hemos estado exhibiendo por el lado del forro” (pág. 46), tal es la obra a realizar; que se explicará.



I

*El estado y el escolar. — La educación cuantitativa. — Su organización. — Sus errores y resultados individuales y sociales.*

Los colegios nacionales, con tendencias y organización semejante en todos ellos, son a excepción de algunas raras instituciones, los únicos medios de instrucción que el estado pone al alcance de los individuos en edad post-escolar.

Según estadística, ingresan en los colegios cinco mil escolares por año. Porque delimita en lo posible el alcance de su estudio, la primera cuestión que plantea el autor es averiguar cual es el destino de los alumnos ingresantes, y el alcance de la función educativa e instructiva del estado. Por lo pronto si atendemos a la cantidad de alumnos que egresan con el diploma de bachiller, halla una proporción demostrativa y sorprendente por lo exigua; son 1.400 los títulos que se expiden, de modo que un 72 o/o de alumnos abandonan los estudios sin obtener beneficio positivo alguno. (El autor demuestra que para nada les sirve lo aprendido en el colegio; este es concurrido porque no es más que un puente hacia la universidad). Este porcentaje tan elevado de rezagados constituye ya un dato que se ha de confirmar con creces: la incapacidad actual del estado para amoldarse a las necesidades y aptitudes de los educandos. En los moldes rígidos de la enseñanza que imparte no tienen cabida complejos psíquicos, hábitos, que le son disímilares, o que tienen una capacidad parcial. Así, de año en año, la falange estudiantil se va debilitando por eliminación de los menos aptos, (¡un 72 por ciento, las tres cuartas partes de incapaces), gracias a una selección injusta e irritante.

¿En qué consisten esas horcas caudinas por las que se hace pasar a los colegiales? Sus métodos y sistemas contradicen formalmente los principios pedagógicos que conoce cualquier normalista y ya en boga en el gran público; su acción social no sólo es pobre, sino más bien enfermiza y disolvente. El colegio hace el oficio de expendedor de conocimientos, que el alumno ha de devolver, sin réditos, a un plazo fijo, en época de examen. La enseñanza verbalista, memorística y papelera—

que tiene raíces tan hondas en la escolástica—predomina en el estudio de todas las asignaturas. Las digresiones teóricas y abstractas, la repetición maquinal de nociones ni sentidas, ni comprendidas, es algo así como el hilo indiviso por el que se guía al alumno en el laberinto inextricable de materias y programas. Nada de opiniones propias, consideradas erróneas, sino subversivas; el individuo que observa, razona, induce, es un “rara avis” en medio de una colectividad estudiantil abundante en sacos informes de erudición; poco juicio deducido de la simple observación de los hechos, pues el buen sentido y las verdades incontrovertibles se hallan muy bien expuestos en los textos o se escuchan de los labios de los maestros. Y si hoy no se dice: sabios doctores tendrá la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder, se afirma en cambio: así lo dice el libro; sin ir a buscar más allá la génesis de las cuestiones históricas, científicas, filosóficas, gramaticales, en estudio.

El texto no es más que la expresión fiel del “catálogo de conocimientos oficiales”—vulgo programa—que a su vez ha sido confeccionado en moldes antiguos, para transmitir conocimientos tan solo, y no para desarrollar aptitudes y juicio, también sapiencia, que desde Montaigne a esta parte, es el fin principal de la enseñanza, de acuerdo con aquello de que “más vale una cabeza bien hecha, que una cabeza llena”.

¿En qué medida y cómo realiza el estado la función de enseñar al alumno, según ese plan de estudios, realmente enciclopédico? Toda enseñanza—sea cual fuere su finalidad, y más en el caso presente—ha de impartirse de acuerdo con el clásico precepto: la educación por la instrucción. El objeto de la demostración de una ley o teorema, del aprendizaje de las mil y una reglas de gramática, del estudio de la geografía de un país, tiene acaso por meta una fugaz retención de nombres, leyes y reglas y excepciones aprendidas maquinalmente, sin ser comprendidas?

La finalidad—obvio fuera repetirlo, si no se olvidara en demasía en la práctica—es tratar de que los conocimientos se localicen y adopten forma original en la corriente del pensamiento, es impulsar al juicio crítico, al razonamiento, a la inducción por propia observación, es buscar la faz social y práctica en la organización de las actividades. Todo estaría sub-

sanado si los conocimientos que adquiere el alumno fuera el fruto de una labor propia; pero de la manera como se realiza hoy la enseñanza, entra esta “perla falsa puerta de la memoria”. “*Pero el grave peligro, puntualiza el autor, estriba, precisamente, en que el conocimiento puede ser adquirido en forma directa y dogmática, burlando todo proceso educativo, y lo que es peor todavía, preparando los futuros estragos del autoritarismo y del servilismo espiritual*” (pág. 28).

Los conocimientos de segunda mano no asimilados en su fugaz pasaje por la memoria no dejan huella duradera en la individualidad plástica del joven, que resulta mecanizada por esa enseñanza artificiosa; así la labor incansable de profesores y alumnos se hace humo, peor aún, dan al uno la certeza del deber cumplido y el otro queda con una personalidad mutilada, libresca, que cree es grande sabiduría.

El estado se preocupa en transmitir la mayor cantidad posible de nociones y verdades hechas al colegial, sin reparar en el destino ulterior de esa enseñanza. El examen viene a completar el mecanismo institucional, siendo consecuencia lógica de esa instrucción en la que todo se mide por la cantidad de conocimientos. Y es de ver cuan pobres son los resultados de ese sistema en las pruebas finales; “el espectáculo es necesariamente desolador para quien lo contemple sustrayéndose a la presión de la rutina: centenares de jóvenes desfilan tratando de encubrir como mejor pueden su irremediable ignorancia; la ignorancia del que no ha descubierto lo que sabe y tiembla ante la posibilidad de que su saber ajeno se ponga a prueba” (pág. 13). Para el estado es lo primordial la erudición indigesta que expone el muchacho en el momento del examen; en este se mide la *capacidad* del joven, (para saber de memoria), lo mismo que las lecciones son un “censo parcial” de las nociones aprendidas.

Para Nelson todo se halla encadenado en el sistema actual, y sus errores emanan “de que en los rodajes del mecanismo educacional vemos que en él gira todo alrededor de los conocimientos, como en un banco todas las operaciones giran en torno del dinero” (pág. 26); así el plan de estudios, programa, texto y examen se complementan y subsisten en virtud del concepto oficial de la enseñanza: que es el cuantitativo. He

aquí la falla primordial: el considerar lo primario la erudición, dejando en un segundo plano la educación del joven.

Nelson cree haber descubierto con eso el porqué de la ineficacia de las reformas que la buena voluntad de sus antecesores, había querido efectuar; más que inútil, perjudicial es—según él—apuntalar el edificio ruinoso de la enseñanza secundaria.

Es una creencia muy generalizada el atribuir al profesorado culpa en el mal que analizo; el autor, por el contrario, prodiga elogios a los merecimientos de los maestros y les reconoce méritos superiores a la misión que desempeñan. Aunque el criterio oficial solicite del profesor que solo haga aprender y repetir lo que enciera el texto, este trata siempre de adaptarse a las nuevas orientaciones de la enseñanza. No creo que esto sea cierto en la mayoría de los casos.

En un elocuente capítulo titulado “la educación cuantitativa y sus estigmas” precisa “de qué modo las aberraciones de la educación pueden sofocar voluntades, extraviando las ideas y sentimientos de una raza” (pág. 33.) Señala los efectos de la instrucción secundaria actual: y expresa que “*si el proceso de una mal llamada educación se lleva a efecto con el fin primordial de transmitir directamente conocimiento*”, entonces “*la educación es una espada de dos filos, y sus efectos finales son precisamente opuestos a los que con ellos se buscan*” (pág 31). Y más lejos agrega cálidamente: “Educar es sin duda, ofrecer a la mente un campo abierto para la adquisición de los conocimientos; pero si el saber penetra en la inteligencia por lo que hemos llamado la puerta falsa de la memoria, nos *educa* para evitar el esfuerzo propio en el descubrimiento, pues la misma presencia del saber vacío estorba el juego de la curiosidad, que solo nace de una ignorancia deseosa de fecundarse en el aprendizaje. Educar es adaptar más y más las conquistas de la ciencia a las artes de la vida, en obsequio de la salud y el placer de los hombres; pero el trato con la doctrina abstracta hace perder gradualmente de vista el ministerio humano de la sabiduría y nos *educa* para el ensoberbecimiento y la egolatría, que aislan al hombre precisamente de aquellos que más necesitan su auxilio. Educar es infundir el sentimiento del misterio de las cosas, ante cuya magnitud el sabio

se siente igualado al ignorante, mostrándose en disposición para abrir su espíritu a la tolerancia, por todas las ideas y todos los credos; en cambio, con harta frecuencia los procedimientos de una mal calculada emulación, *educan* al niño en la admiración de sí mismo, pues lo sustraen al espectáculo de la inmensa tiniebla que lo envuelve para obligarle a que contemple con pueril vanagloria el estrecho recinto donde luce la mísera candela de su saber. Educar es levantar la dignidad de los hombres e impedir que sobre ellos se ejerzan las violencias de la autoeracia; pero la tiranía del maestro dogmático y del libro pueden hacer de hombres políticamente libres, esclavos, *educados* para recibir el pensamiento ajeno" (págs. 32 y 33). En síntesis, se puede concluir que la mentalidad del alumno es desnaturalizada, su personalidad relegada a último término, de donde el anquilosamiento de su yo, y los espíritus son prematuramente envejecidos, doblegados, sin espontaneidad y sin energías generosas.

Cómo se comprenderá, las consecuencias sociales no son menos nefastas. "El problema de nuestra educación se formula con el vocabulario del sociólogo y no con el del pedagogo" (página 19). Para la democracia argentina que se halla en vías de organización, es de vital interés el sistema educacional. Una institución político-social usurpará el nombre de democracia con el que se rotule, en tanto sus componentes no tengan clara noción de sus responsabilidades y derechos, que no se diera amplio desarrollo de su personalidad, carezcan de voluntad, sin criterio propio, siquiera fuese éste erróneo, pero que surgiera naturalmente de su labor y experiencia. Si políticamente se está sometido al caudillo o al demagogo de profesión, es porque nuestro sistema de instrucción inhibe y deprime toda manifestación original del espíritu, en vez de hacerla resaltar con pujante relieve.

"¿Cómo habremos de formar hombres libres, ponderados, ecuanímenes, tolerantes, justicieros, exclama Nelson, si los educamos en la constante represión de las manifestaciones de su personalidad, haciéndoles víctima del capricho de la injusticia o de la fuerza? ¿Sómo habremos de formar hombres libres, de espíritu crítico y de juicio ejercitado, hombres originales y de iniciativa, si de niños jamás los habituamos a aplicar su

criterio sobre las cosas y si por el contrario los hemos disciplinado para la aceptación ciega de las ideas ajenas?" (pág. 19). Esto es todo un diagnóstico de nuestra vida cívica, y no exige comentarios. . . No sé si después de lo expresado se le ocurrirá a algún gracioso o a algún pobre rutinario, el hablar de dirigentes y dirigidos, de una clase universitaria destinada, formada para gobernar, etc.

## II

*La educación cualitativa. — Su objeto. — Organización de las actividades. — La enseñanza secundaria del porvenir.*

Del análisis que hemos hecho de la enseñanza media, resultan claramente dos aspectos, en los males del régimen actual.

Me refiero: 1.º) A las prácticas educacionales en uso, tan perjudiciales por la acción mecanizada y disolvente que ejercen sobre el entendimiento juvenil y a las capacidades parciales; 2.º) Por su equivocada y deficiente acción social; ni llena necesidades ideales y prácticas de los individuos y de la sociedad en la que funcionan: ni instruye el suficiente número de individuos que solicitan los beneficios de esa enseñanza.

So pena de consentir en los dichos errores, debemos proceder enérgicamente para la reforma de la enseñanza en esas dos facetas. Nelson se inspira al efecto en las orientaciones educacionales predicadas desde Rousseau a Spencer, y de este a los psicólogos y pedagogos más ilustres de nuestra época; sabe evitar los extravíos sentimentales y metafísicos de los más, y encara la cuestión bajo una faz positiva y de alta conveniencia social y personal.

El sistema de enseñanza que propone es cualitativo, es decir, no toma en cuenta tanto la cantidad de conocimiento verbal del alumno, sino las actividades por él desplegadas. Es al trabajo que ha de efectuar el educando el centro al que ha de convergir toda la organización de la enseñanza. El autor apoya esa conclusión con argumentos expuestos por diversos pedagogos. F. Regener sintetiza como ha de darse una enseñanza para transformarla en trabajo productivo: "1.º) Ja

escuela debe de tener por objeto hacer que la materia a enseñarse penetre en el espíritu, que lo impregne y se le incorpore, en toda la extensión de la palabra; 2.º) Debe, en todo momento, poner en acción el espíritu de observación del niño y hacer de manera que adquiera los conocimientos por su propia experiencia; 3.º) Debe tratar de transformar todo en trabajo personal, en representaciones y creaciones propias del educando”.

El trabajo que se efectuará en la escuela o instituto de enseñanza secundaria (ambas son etapas de un mismo plan educativo) tendrá por fin: ejercitar sus facultades intelectuales y lógicas—formar un criterio y una actividad,—trasmitirle conocimientos; darle la medida de la exactitud de sus percepciones, que él mismo podrá comprobar, manteniendo latentes siempre su curiosidad, interés y deseo de aprender, sano el espíritu y pronta la inteligencia. Hay que educar “para la vida”, en una palabra, sin dar a esa expresión un sentido groseramente utilitario.

Por eso concede el autor tal preferencia a los ejercicios físicos, trabajos manuales y todas aquellas ciencias de la naturaleza y del espíritu que ejercitan nuestras diversas facultades. Así, bien dice: “Quien ha adiestrado sus músculos levantando halterios, puede usar aquellos para desarrollar cualquier otro esfuerzo, por diferente que sea, pero que exija el funcionamiento de los mismos músculos”. “Del mismo modo, el que se ha aplicado a los pequeños problemas que suscita la inspección de un canto rodado en el laboratorio de geografía, podrá quizás desarrollar un considerable poder de análisis cuando más tarde los azares de la vida hallan llevado ese sujeto a las lides del comercio”; “quien ha aprendido a mirar un paisaje, una obra de arte, traduciendo al papel las impresiones que ellos suscitan en su espíritu, será más capaz sin duda, de exteriorizar sus sentimientos en todos los momentos de su vida; el que se ha habituado a mirar los sucesos con un sentido histórico, logrando transportarse a otras épocas y consiguiendo evocar y hacer suyos los sentimientos y las ideas que las caracterizaron, tal vez se habitúa con ello a revestirse de la tolerancia necesaria para juzgar los actos del prójimo. Y por último, el que ha puesto su mano sobre las cosas, familiari-

zándose con la fuerza, en todas sus manifestaciones, habrá adquirido un sentido justo de la resistencia que ofrece el mundo a la acción humana, una noción más precisa del esfuerzo, lo que le permitirá hacer una anticipación más exacta del éxito o de la derrota que van adheridos a nuestras empresas" (pág. 45). Y en otra parte concluye: "El nuevo elemento básico de la educación será pues el trabajo. El trabajo productivo del niño debe ser la única moneda con que aquel pague su permanencia en un instituto de educación. Es la moneda cuyo cobro se traduce en menos injusticias, en tanto que la hoy corriente en toda casa de estudio—el saber, saber verbal—divide a los hombres en indigentes y acaudalados, crea un proletariado, entre cuyos miembros el juicio popular suele encontrar los más dignos de recibir el supremo bien de las luces, y una burguesía intelectual donde con frecuencia se hallan los verdaderos fracasados de la vida" (pág. 50).

A estas nuevas orientaciones educacionales correspondería una transformación radical de los métodos antiguos; de los detalles corregidos resultaría una organización distinta. El autor expone a este propósito actividades tan en desacuerdo con las que se practican actualmente en el país, que no pueden menos de sorprendernos y cautivarnos a medida que se van integrando las partes en el conjunto armónico. Reemplaza al "catálogo de verdades oficiales"—así denomina el autor los programas actuales—con una "lista de actividades", en la que constaría los trabajos que el alumno debiera efectuar; la inspección del plan nos indicaría las aptitudes que deberían desarrollarse mediante esas actividades: observación, introspección, criterio histórico, científico, literario, anteducación, etc.; los alumnos en tanto que van educando sus facultades, se poseionan de los conocimientos merced a los procedimientos intuitivos.

Cada alumno desarrollará sus aptitudes específicas sin sacrificar su individualidad al conjunto, puesto que estudiará y observará con un instrumental propio; deberá laborar en clase mediante la ayuda de otro factor, que el autor califica "de inapreciable valor y cuyos servicios son tan admirables que si él faltara, la concepción de organizar un sistema de educación cualitativa sería un ensueño irrealizable". Este ele-



mento es el libro de texto que difiere en un todo de los manuales clásicos (1).

A este libro recurrirá el alumno en todo momento, pues trae la aplicación minuciosa de las actividades a desenvolver; con él será posible llegar a *descubrir* sin temor a que se extravíe, las verdades que antes se enseñaban directamente. Hace jugar al alumno de ese modo un rol primordial, dinámico, con la intervención, por supuesto, de un abundante y nuevo material pedagógico y de *los otros factores educativos*; se desarrollará en el educando así, el espíritu de observación, investigación, interpretación, dotándolo, en fin, de un espíritu científico, que le conduzca a la verdad, tanto en las ciencias llamadas abstractas, como en las de experimentación y de observación. El proceder sería uniforme para la consecución de la verdad—nada de prejuicios con respecto a la naturaleza fenoménica de las cosas, nada de prejuicios morales—; la aplicación de ese principio variaría en límites tan amplios como el requerido desde el razonamiento matemático hasta las ciencias experimentales, pasando por la enseñanza de idiomas, historia, geografía, etc.

“En suma, dice el autor, este libro de nuevo cuño es un sucedáneo del texto en todos los ramos en que este interviene para transmitir directamente los conocimientos. Su aplicación es vastísima, tanto que la imaginación se asombra al medir el campo que le reserva el progreso de los métodos educacionales, cuando se universalice el conocimiento de que el papel de los establecimientos de educación debe tan sólo consistir en la gimnasia de las actividades del niño. El libro guía tan pronto al niño a través de documentos históricos, de fenómenos reales, como lo coloca ante los elementos de la belleza, puestos en evidencia en la obra del poeta o del artista, facilitándole la tarea de apreciar por sí mismo los elementos estéticos. Tan pronto le pone frente a un paisaje natural guiándole en la

---

(1) El autor trae al final de su informe un apéndice — que ocupa la mitad del volumen — destinado a programas de actividades, textos, y los nuevos procedimientos de enseñanza en una palabra, que han sido aplicados con lisonjero éxito unos, en uno que otro colegio del país, y otros que transcribe de los que se hallan en aplicación en Estados Unidos e Inglaterra. Sólo la lectura de esos ejemplos podrá dar una clara noción de lo que se expone.

observación y descripción de lo que el niño contempla, como le encauza discretamente en la introspección de su propio espíritu. Es un intermediario, en suma, un excitador de la inteligencia del niño ante el objeto bruto, ante el modelo plástico, la lámina, el documento, el aparato de demostración, el fenómeno, el animal, la planta, el monumento, la máquina, la naturaleza, la estatua, el verso, la sinfonía” (páginas 60-61). Paréceme conveniente, para no extremar el concepto que del libro ideal podría tenerse, transcribir lo siguiente: “Los textos mismos de hoy día se convierten en cooperadores del sistema que preconizamos cuando se hace que el niño ratifique o rectifique sus afirmaciones, en la experiencia. Toda la cuestión reside en crear un sistema ante el cual el libro sea un servidor, no un amo” (pág. 62), lo cual nos da a entender que para hacer o no fructificar la enseñanza prima el criterio que del método y de su aplicación tenga el profesor, que la calidad misma del libro. Por ahora, estamos en una indigencia casi absoluta del material, textos, etc., y es grande el trabajo que para reparar estos inconvenientes es necesario realizar. Este comentario—hecho intencionadamente extenso—de uno de los detalles de la doctrina educativa que expone Nelson, denota el cuidado y clara inteligencia habida en la construcción del sistema que propone.

Bien distintas que las desempeñadas en el sistema vigente, serían las funciones del profesor. El autor califica a este de “mero tomador de lecciones”, lo que lo convierte en una “especie de policía del trabajo forzado”. Dotados los colegios del instrumental nuevo y abundante que exigen los métodos racionales expuestos, conviértese el profesor en un educador “que puede intervenir ya con eficacia en la formación de los hábitos mentales de los alumnos, dando aquí una indicación oportuna, aclarando allí un concepto, estimulando acullá un procedimiento original de investigación, aún cuando durante toda esta labor el estudiante queda entregado a sí mismo sin sufrir la presión de la autoridad” (pág. 66). Desde ya la conversión del maestro de erudito en educador, requiere de parte de este una dedicación y preparación especiales; subvertiendo los valores que se le asignaba en su función docente, es menester una reorganización en la formación y elección del profesorado, lo que estudia en capítulo aparte.

Las medidas disciplinarias, el examen y promociones, sufren un vuelco brusco en cuanto correlacionamos al sistema de enseñanza con la actividad natural y espontánea del escolar. El autor traduce en un símil ese cambio de posiciones: a una pirámide invertida, dice, pretendemos mantenerla derecha “sobre el escaso apoyo de la inculcación directa del conocimiento”, y por la deficiencia de la base, nos auxiliamos de cuerdas y puntales, que significan las medidas disciplinarias en uso. “La disciplina, en efecto, es el conjunto de todas aquellas medidas coercitivas, tendientes a asegurar la pasividad del niño, contra la que protesta su naturaleza. Como el trabajo de aprender la verdad ajena no mueve la curiosidad y el interés, ha sido necesario inventar una serie de recursos que son aparentemente escolares, pero que en realidad llenan un fin disciplinario” (pág. 71). Hay que asentar la pirámide sobre su base natural: la actividad espontánea del niño; ofrecerle un trabajo agradable, sin imposiciones violentas que amargan su juventud, tal es lo que debemos buscar. El régimen de examen “que tantas veces llena de loores a los menos aptos para la vida y estigmatiza con el fracaso precisamente a aquellos que más tarde van a servir a la sociedad con mayor eficacia (pág. 73), y cuyos inconvenientes de toda índole son tan notorios, debe desaparecer. En un sistema que pretendiera instruir verdaderamente, sin querer llenar solo las apariencias, se prestaría una atención preferente en la aprobación de las asignaturas, a las actividades desplegadas y al interés que se hubiera tomado el alumno, al número de clases a que ha concurrido y a esas otras indicaciones que sólo el íntimo contacto del profesor con el alumno puede señalar al último como apto para su promoción; este sistema de promociones, es, según el autor, el que la experiencia denota más fácil y más lógico. Con este proceder se evitaría parcialmente el desgranamiento del 72 o/o a que se ha hecho referencia.

En el sistema actual de promoción, la aprobación del bachillerato se hace por cursos completos, lo cual es atentatorio a los intereses del educando y de la educación misma. La mayoría de los alumnos, o no se adapta a los procedimientos educacionales en uso, o tiene una capacidad parcial, pues no puede aprobar las materias de un curso, condición requerida para

pasar al año inmediato superior; después de alguna tentativa infructuosa (o bien feliz) el alumno abandona los estudios o se convierte en alumno libre, que el autor califica de "merodeador de los colegios, que viven al margen de la enseñanza". En síntesis, el régimen actual de examen y promociones es causa principal del abandono que de los estudios se hace, según lo demuestra Nelson estadística en mano. Los motivos substanciales por los que se despacha a las tres cuartas partes de los alumnos se hallan en que el estado adopta un criterio rígido, metro inflexible con el que se mide invariablemente a todos los niños. Triunfaremos de esa dificultad en cuanto ofrezcamos cursos que de acuerdo con las diferencias individuales, no abandone a los alumnos en la mitad de sus estudios con un bagaje inútil de conocimientos.

El autor demuestra, al efecto, que las promociones podrían y deberían efectuarse no por años, sino por asignaturas, puesto que a excepción de las asignaturas correlativas y de otras que exigen una mentalidad algo más educada, no se ha señalado hasta ahora un criterio científico que indicara las conveniencias en la *disposición* de las materias en tal o cual año. La línea de conducta que señala tendría cabal aplicación y concordaría con el plan de estudios por *departamentos* que propone. En ese plan de estudios las materias de índole semejante se hallan agrupadas por departamentos; así se formarían los de Matemáticas, Biología, Geografía, Historia, Castellano y Literatura, Idiomas, Trabajo manual, Práctica comercial, Práctica rural, Labores femeninas. El ingreso podría hacerse en los departamentos de acuerdo con la conveniencia o según las capacidades del niño, o bien puede seguir el total de aquéllos, que se requiere para el bachillerato íntegro; puede el alumno en el transcurso de sus estudios comenzar otro género de estudios en el mismo colegio, o bien complementar su preparación con otras materias, aunque estas no pertenezcan al departamento que cursa.

De modo que sin necesidad de terminar el bachillerato, tendría el alumno una preparación especial y relativamente completa en el ramo elegido, de inmediata y fructífera utilidad como lo demuestra una ojeada al plan de estudios y a los sabios métodos de enseñanza. Los escolares aspirantes al ba-

chillerato, podrán seguir sus estudios en los departamentos por que denoten preferencia, completando luego sus estudios, o bien deberán repetir las asignaturas en las que su preparación es deficiente, en cuyo caso se prolongarían más de cinco años (de los que consta el bachillerato) su estadía en el colegio. Este proyecto es ampliamente detallado y ejemplificado por su autor y surge como una necesidad lógica de lo que antecede y de las consideraciones que siguen a continuación.

El colegio nacional estrecha en lo posible el horizonte de sus actividades, reduciéndose a ser un puente de pasaje, o mejor un vestíbulo de la universidad, y eso con todas las restricciones del caso, puesto que de aquellos que ambicionan llegar a alguna facultad, solo arriban a la meta una cuarta parte. El colegio nacional es por esta causa un lugar de privilegiados, visto también el reducidísimo porcentaje de los que lo podrían frecuentar. La enseñanza secundaria, mientras se limite a ser preparatoria, no concordará ni ahora, ni nunca, con las aspiraciones y necesidades de una democracia genuina, en la que esa enseñanza superior debiera impartirse de acuerdo con las aptitudes, conveniencias y modalidades de los individuos que la componen. El número de escolares debiera ser, teóricamente, el de aquellos jóvenes susceptibles de ser instruídos, insuficiente como es ; quién lo duda! lo aprendido en las escuelas elementales.

El armonioso y claro sistema propuesto por Nelson responde a esas necesidades sociales y personales:

1) La sabia enseñanza en los Colegios Nacionales se vería concurrida por multitud de niños, no por el mero título, sino porque el colegio sería el centro de preciosas, fecundas iniciaciones en la psiquidad del niño; se habría llegado a transmitir esa cultura general por la que tanto se ha clamado: cultura literaria, artística, científica.

2) A los que en justa sollicitación quieren que se les proporcione ocasión para desplegar sus capacidades parciales, o formarse una competencia profesional, en cursos reducidos, tendrían libre acceso a estudios como zootecnia, agricultura, trabajos manuales, práctica comercial, aprendizaje de idiomas, y demás departamentos. Las niñas podrán ingresar, además, al departamento de labores femeninas.

3) La preparación para las facultades no se resentiría de ningún modo, de acuerdo ya en que la educación de las aptitudes se realizaría inmejorablemente y el caudal de conocimientos asimilados sería mayor.

No hay porque entrar en extensas consideraciones acerca de los beneficios que esa excelente organización reportaría. Son bien evidentes, en contraposición al régimen actual que a tantos convierte en fracasados. La subdivisión de actividades, las orientaciones pedagógicas, se modificarían según el ritmo de la experiencia.

El autor dedica capítulos especiales al estudio de cuestiones tan fundamentales como la del profesorado, el régimen administrativo y del gobierno de la educación, que por su importancia merece comentario aparte, el que no hago por no prolongar este estudio.

### III

#### *Objeción. — Conclusión.*

Nelson ha comprendido muy bien las necesidades institucionales, sociales y políticas del país, ha utilizado las vastas experiencias de sus antecesores y la suya propia, háse compenetrado de los sistemas educacionales en Estados Unidos, y ha sabido en su conceptuoso criterio, dar un cariz original a su plan de reformas. He encomiado en esta vasta exposición lo que de veraz y meritorio tenía; me corresponde ahora resumir las objeciones de orden doctrinario y práctico que la obra me parece merecer.

El autor extrema un tanto—y el articulista al sintetizarlos ensombrezca tal vez más—los errores del sistema actual de enseñanza, con lo que resultan más “eclatants” las normas y métodos que le opone. No todos los colegios y profesores de segunda enseñanza son reprochables con igual intensidad; si la mayoría de ellos siguen una senda retrógrada, anémicos de vida nueva, hay otros en cambio que han evolucionado de manera reconfortante hacia la orientación cualitativa. De

modo que no cabe pretextar—como lo hace el autor—que por no apuntalar el ruinoso edificio de ese ramo educacional, no se corrijan los defectos del presente; pues la reforma total, por justa que sea, ha de tardar tiempo en efectuarse, ya que, como él mismo lo prevé, la evolución ha de ser larga y recién nos hallamos en los comienzos.

Atribuye a la enseñanza en los colegios, males cuyo motivo y saneamiento, residen en su mayor parte en otras causas determinantes. Si la formación de la psiquis del individuo obedeciera a la única causa de la educación en los colegios, fuera imposible explicar como bajo el mismo régimen educacional, se forman una mayoría, es cierto, de mentalidades mecanizadas, inferiores, pero también las hay suspicaces, elaboradas. Los frutos tan diferentes de árboles semejantes, forzosamente han sufrido otras influencias.

Por eso mismo, mientras no se modifiquen los siguientes factores: régimen económico, características raciales, orientaciones de ideas, ambiente social, político y familiar, en aquello que obstaculizan la evolución general, y la de la educación por lo tanto, las reformas que en esta se introduzcan, serán sin duda pasajeras y superficiales. Así ¿qué valdrá una magnífica ley sobre enseñanza, si continuaran imperando favoritismos o el criterio de autoridades de capacidad limitada? ¿O cómo se llevarían a cabo las hermosas reformas proyectadas por Nelson, mientras se destinen los dineros públicos al sostenimiento de instituciones o al mantenimiento de políticas adversas al progreso de los pueblos? Y en lo que se refiere al ambiente, ¿cuánto no hay que inculpar, p. ej., a la vanidad y despreocupación de los padres de familia?; es de circunstancias recordar la forma perjudicial para la enseñanza en que tuvo que sancionarse el examen de ingreso en 1892, ante la ciega conveniencia de los padres. Es a la oposición de esos factores, contra los que se ha estrellado la buena voluntad de otros reformadores, más que contra las dificultades de orden pedagógico; no tomándolos en cuenta parecen más factibles de lo que en realidad son, las reformas propuestas.

El autor acuerda a ciertos datos concretos un valor que no les corresponde. Acepta, por ejemplo, que la eliminación de

la totalidad del 72 o/o de escolares, se hace por culpa exclusiva del estado. Lo cierto es que una buena parte de los tales alumnos abandonan los estadios por cambio de vocación, frecuentación de cafés y malas compañías, deficiencia de preparación, falta de medios, decesos, etc. Mercante, en la respuesta a la encuesta Naón (tomo II), menciona que en el Colegio Nacional de La Plata, el director tuvo que eliminar al 60 o/o de los alumnos por una u otra causa. A causas similares obedece que de los 500 ingresantes, por ejemplo, al doctorado en Medicina, solo una cuarta parte logre el título. La crítica a la enseñanza actual hecha por Nelson, no desmerece por esta objeción.

De igual modo que en los procedimientos de enseñanza cuantitativos los elementos de que usa se complementan de modo indispensable, en el sistema cualitativo preconizado por Nelson, es de temer que faltando un rodaje no se pueda realizar regular automáticamente la enseñanza, motivo por el que podría fracasar. Es lo que podrá suceder por la falta de texto, o por falta del abundante material de enseñanza apropiado, o que la enseñanza se realice con profesores del antiguo régimen, que pueden ser todo lo eruditos que se quiera, pero que no saben enseñar ni educar. Me parece evidente que si se atiende a la formación de buenos profesores, pedagogos, se subsanarán en gran parte los inconvenientes nombrados. Evocamos el recuerdo de aquellos buenos maestros que con constancia y afecto supieron elevar y educar nuestro espíritu, a pesar de la falta de los materiales necesarios, aún sin el beneplácito oficial. Por eso creo que inculpar al estado—una abstracción al fin y al cabo—todos los errores, es desconocer las faltas de la actuación individual.

Que el problema es muy complejo y que los inconvenientes son numerosos, nadie lo duda; en todo caso la orientación indicada es la que debe prevalecer. El sistema propuesto por Nelson es como una palanca que tiene firmísimo punto de apoyo en una imprescindible necesidad práctica y en una recta convicción idealista, ¿será mediante su potencia por lo que se ha de subvertir los errores del presente? ¿O bien se relegará su obra como se hace con los papeles inútiles—a un rincón del olvido? Este proceder es corriente y perfectamente antisocial.



Para el bien y adelanto de todas las tales reformas, deberían realizarse a la luz meridiana de claros, nobles anhelos; se verifcaría así una renovación en el espíritu, misión y fines de la enseñanza secundaria. Y sería ésta, parte de una regeneración social, mediante la cual serían borrados los tristes y dolorosos antecedentes por los que se quejan el cuerpo y el alma de pueblos e individuos.

*Gregorio Bermann.*

---

## Por los fueros...

Se debía nombrar un profesor para la cátedra de latín del Colegio Nacional Central. Tres ex alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras, dos de ellos con el título de profesores en la materia, el otro, doctor en Letras a quien sólo le falta publicar la tesis, se presentan como postulantes; por supuesto no son los únicos y el rector de la Universidad otorga el nombramiento a un señor alemán.

¿Qué hay de malo? Nada. ¿Qué hay de bueno? Nada tampoco, y éso es lo grave.

No vamos a discutir los méritos del profesor nombrado, pero vamos a ilustrar el criterio del lector para que halle la parte criticable del asunto.

Esos tres ex alumnos de quienes hablamos, y por ello tomamos su defensa, no tenían únicamente el conocimiento forzosamente superficial que puede adquirirse en esta facultad sobre el latín, y ha de ser esto notorio para el que sepa a quienes nos referimos. Al lector que no estuviera en este caso, le bastará saber que dos de ellos lo habían estudiado anteriormente en forma sólida y especial durante varios años; el tercero tiene títulos de instituciones superiores italianas, acreditadas especialmente por los estudios que allí se hacen, de las lenguas muertas, y, en fin, los tres dictan o han dictado esa materia en institutos particulares.

El lector preguntará ahora: ¿pero es que ese señor alemán no puede estar en idénticas condiciones de preparación? Naturalmente que sí, pero... "la caridad, bien entendida, comienza por casa" y permitiéndonos creer hipotéticamente, por un momento, que llenar una vacante es hacer obra caritativa ¿qué consecuencias se desgajan de la exposición? Pues, que los egresados de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires competentes, desde luego, por el título conquistado, para dictar las materias de sus estudios, están o, al menos, *deben estar primero que cualquier extraño, diplomado o no fuera de esta casa.* Y en el caso presente, con más razón que

nunca, pues que no puede aducirse ignorancia sobre la competencia, dado que si no es conocida debe ser averiguada.

Es que acaso ignora el señor rector de la Universidad que en el chato y mísero ambiente de nuestro país, todo un doctor en Letras, en Filosofía o en Historia, no tiene otro medio de obtener el sustento diario que el que le proporciona el de escaso porvenir del magisterio o el, quizá más seguro de pacífico agricultor que dejará al atardecer los utensilios de labranza para recorrer en íntimo arrobamiento las páginas de la Eneida o las églogas de Garcilaso.

¡Es hora ya de que se nos tenga en cuenta!

Tras que aun nuestro benemérito gobierno no se ha preocupado de dictar esa famosa ley que ha de legalizar nuestros derechos, los encargados de proteger los intereses de las instituciones nacionales de enseñanza contradicen en la práctica lo que deben pensar por sus teorías. A decir verdad, lo que pasa es suficiente para desilucionar al más confiado.

Alguien podría pensar que lo hecho por el señor rector responde a solucionar la delicada situación en que se colocaba al tener que nombrar a uno de los ex alumnos relegando a los otros dos que estaban en idénticos derechos de ser nombrados, pero nos imaginamos que no habrá escapado al juicio del doctor Uballes, que es siempre preferible sacrificar a dos que a tres, más cuando se podía tener presentes para la primera ocasión, a los que no fuesen favorecidos con el nombramiento.

Pero, el hecho es significativo y nos limitamos a dejar otros comentarios a cargo del lector, después de estos brevísimos de que dejamos constancia.

Y, por si fuese útil, ya que es tan sugerente, sépase que uno de los postulantes, de los recibidos en esta casa, milita ya en las filas de los estudiantes de ingeniería y que otro manifiesta intención de ingresar a la Facultad de Derecho. El tercero, no tendría nada de extraño que se decidiera por algo análogo.

¡Tales los primeros provechos de un título, del que nosotros, con más derecho que nadie, nos vanagloriamos de haber conquistado con verdadero amor!

*Jorge M. Piacentini.*

## El canto antiguo

Amote vida porque siento inmensa  
manía de querer; siento el secreto  
crear del pensamiento que se agita,  
y en este corazón vibra el deseo  
de amar: ¡amar la vida!  
Es el destello de la ment altiva  
que satisface todos sus desvelos  
en la compensación que en lo remoto  
del sentimiento la virtud conserva.  
Extínguense las penas de la vida  
mundana y febriciente;  
una calma serena de saberse  
bueno domina nuestro ser y siempre,  
cual pájaros medrosos que se vienen  
a cobijar en árboles amigos,  
nosotros, los sinceros, los amantes  
escapando del vulgo y su ironía,  
anhelamos también esplendoroso  
castillo de bondad y... retornamos  
a nuestro corazón.

\* \* \*

¡A nuestro corazón!, sincero amigo  
a quien confiamos todas las angustias  
del espíritu enfermo; compañero  
severo y fiel que sin cesar palpita  
por todo nuestro afán.  
Y es el effluvio mutuo del cerebro  
con la entraña sincera quien permite  
considerarse bueno, quien otorga  
el sentimiento excelso de querer.

\* \* \*

En grandes soledades, aislado  
en la pureza de mi pensamiento;  
mientras cesa el bullicio y la natura  
sus misterios revelá;  
de noche, en su profunda inmensidad,  
cuando calla lo humano y una ráfaga  
de misterioso andar gravita en todo;  
cuando llego a pensar que exista *solo*  
en todo el universo... siento entonces  
la bondad de mí mismo: entonces amo.  
Amo y una plegaria me musita  
el aire circundante y entre flores  
aparece una imagen.  
—Es la ardorosa fe, es el ebúrneo  
emblema de ilusión que exteriorizan  
la beatífica faz.  
Que ella viva no sé: sólo recuerdo  
el día en que la ví... y eso me basta.

*Jacinto J. Cuccaro.*

28-5-915.

---

## Par pari refertur

Hay cosas que debieran callarse, pero que no se callan porque el asombro que nos causan se sobrepone a nuestra discreción. Bastaría esto para justificarnos estas líneas si no se agregara a la razón mentada el tratarse de un caso en que se ha tocado por unos momentos la memoria de un hombre que debía inspirar suficiente respeto, para sellar los labios que fueran a pronunciar la palabra de duda sobre su valer. Y otra más, es el Centro que se hace conocer para los que no quieren conocerlo. Y vamos al asunto.

Quien escribe estas líneas, saliendo días pasados de la Facultad, a las 7.20 p. m., se detuvo en el umbral para encender un cigarrillo. Estaba embebido en tan prolija operación cuando dos profesores de la casa, después de descender el último tramo de la escalinata, se pusieron a conversar en alta voz, cosa que es muy peculiar a uno de estos señores que se caracteriza por su imprudente afán de hablar a voz en cuello. No habían notado la presencia de un tercero tan indiscreto como el que estaba allí, si puede llamarse indiscreción el oír involuntariamente, a un metro de distancia, una charlita sostenida con una elevación de voz poco oportuna.

Dije ya que eran dos catedráticos de la casa; el uno *enorme*, de mostachos tan petulantes como su carácter, gritón, de modalidad brusca y autoritaria, en fin, con una coincidencia de cualidades negativas que le han conquistado una antipatía casi unánime entre los estudiantes de la casa.

El otro, no muy querido también, que fabrica versos muy retóricos, notado especialmente por su desidia pedagógica y por su inasistencia. ¿Queréis un dato seguro, irrefutable? Este *catedrático*, el año pasado, dictó 26 clases y faltó a 22!! ¡Habló sobre las tres o cuatro bolillas y el programa tenía ocho o diez!! (He dicho que el dato es irrefutable, porque un servidor de ustedes llevó una estadística minuciosa desde el primer día).

Si se aplicaran ellos la ley que nos aplican a nosotros, se hubiera presentado el caso de un profesor que se quedaba *libre*...

Bueno; presentados ya los personajes, vais a oírlos hablar.

Catedrático 1.º (dirigiéndose al Catedrático 2.º) — ¡Ahí me acaban de pedir para una suscripción levantada con objeto de costear una placa a la memoria de Porchietti. ¿Pero qué ha hecho Porchietti? ¿Qué va a saber Porchietti si le han dedicado una placa?...

Catedrático 2.º — Sí. A mí también me han venido a pedir y me querían cobrar cinco pesos como a socio protector de *esa asociación estudiantil que parece que hay aquí*. (!!!) ¡Pero si es un escándalo! Yo les daré dos pesos mensuales; si no, ¿a dónde vamos a parar?...

Catedrático 1.º — ¡Ya lo creo, hombre! ¡Es un escándalo!

Catedrático 2.º — ¿Pero cómo no?...

Catedrático 1.º — Bueno, hasta mañana. (Sube a su auto.)

Catedrático 2.º — Buenas noches.

Al oír unas tosecitas intencionadas del testigo mudo hasta entonces, vuelve la cabeza y se aleja.

---

Lector: una advertencia. No soy taquígrafo, pero puedes fiar de la veracidad de este diálogo, porque su brevedad y el estupor que me produjo hicieron que cada palabra se esteriotipase en mi mente en forma tal que hoy hace que te lo relate con la fidelidad más elocuente.

Fuera ingenuidad imperdonable el intentar una respuesta merecida a las preguntas de la primera parte de ese diálogo, que harto se encarga de ello el resultado inusitado de una suscripción en la que todos han querido contribuir con una espontaneidad y una generosidad tales, que el corto lapso en que ha estado abierta ha sido suficiente para que no quede nadie por anotarse en ella y para que arroje ya un total de más de 500 pesos.

En cuanto a aquello de: “¿Qué va a saber Porchietti si le han dedicado una placa?”, tiene tanto de estupidez que bien puede omitirse el comentario. ¡Parece increíble! ¿Verdad? ¡Un catedrático argumentar tan neciamente! Convéncete, lector, porque tendrás que soportar a varios altos y preclaros ingenios, como éste, encargados de la cultura universitaria argentina.

Por lo demás, las frasecitas del catedrático segundo merecen una pequeña aclaración.

¿Conque usted, señor profesor, desconocía o no estaba muy seguro de la existencia de *esa asociación estudiantil que parece que hay aquí?* Pero ¿cómo es eso? ¿Y el Centro Estudiantes de Filosofía y Letras, reconocido oficialmente por el Consejo Directivo de esta Facultad, al cual tiene usted la honra de pertenecer, con su representación en la Federación Universitaria de Buenos Aires, y... demás enseres? ¿No le habían enterado a usted, o es que le ha dado un poquito de rabia el tener que contribuir con unos pesitos mensuales, obligado así, para no quedar fuera de un grupo numeroso de profesores que nos ayudan libremente? ¿Eh?

Y para aclararle a usted el concepto, le advertiré que el Centro es la representación de una fuerza engendrada por la cohesión de 130 o 140 estudiantes afiliados a él, de los 190 inscriptos que tiene esta Facultad; que el Centro es una entidad necesaria (como que todas las Facultades tienen uno) para los estudiantes y útil para los poderes directivos de esta casa, aunque a usted, interpretando mal la autoridad de su título, no le parezca. Sí señor; el Centro es el "trú d'union" entre el Consejo Directivo y la materia de sus desvelos: los estudiantes. Vamos, como quien dice: el paño del sastre. Y así como usted tiene que andar leyendo y relejendo una obra para hablarnos de ella, el Consejo Directivo tiene que tenernos cerca, si quiere cumplir su misión, y la vía más directa para ello son los Centros de estudiantes que están en todas las Facultades permanentes con los Censejos Directivos, y que son, hoy, tenidos en cuenta seriamente.

*trait*

No hay para qué decir nada más, pues quedan los lectores bien enterados con lo que antecede.

Imagino la poca gracia que les hará este comentario a nuestros dos personajes y la indignación que les provocará...

¿Qué? ¿Que somos demasiado altaneros? ¿Que quiere usted! Somos gente joven y hemos cometido la audacia temeraria de creer que constituíamos una fuerza, de creer que tenemos derecho a ser respetados, de creer que tenemos derecho a defendernos, de creer que existe la libertad, al cabo, en los claustros donde sólo debe quedar el recuerdo de que en ellos caye-



ron abatidas las consolidadas tiranías de ayer. Perdón, estoy pasando al tono heroico y no quería dejar arrastrarme sino por el bueno de Arquíloco.

Cuatro palabras para el Consejo Directivo de la casa: El Centro está animado de los mejores propósitos y tiene confianza en ese Consejo y mucha fe en su Decano, para quien no tiene sino palabras de elogio. Estas líneas están muy distantes de haber sido dictadas por un espíritu de hostilidad que no hay razones para que exista; se trata solamente de un caso particular en que se ha asumido la actitud que correspondía.

*Pari pari refertur.*

*J. M. P.*

## Antonio Porchietti

### IN MEMORIAM

Es este el primer número de VERBUM que aparece después del fallecimiento de nuestro profesor don Antonio Porchietti. Derramar ahora en estas páginas la amargura sincera que ha producido su desaparición, fuera extemporáneo; por eso, solo nos concretamos a hacer conocer los actos que nuestro Centro ha realizado para honrar su memoria.

\* \* \*

El señor Urbano Díaz leyó en nombre del Centro el discurso que transcribimos, en el acto de la inhumación de sus restos:

“Desciende hoy a la tumba el señor Antonio Porchietti, dejando tras de sí una huella imperecedera, de ímproba labor, que servirá de ejemplo a nuestra juventud.

Era el señor Porchietti en nuestro país, junto con otros buenos profesores, el representante admirable de la cultura clásica que interpretó y tradujo a sus alumnos con suma exactitud y erudición.

Ser representante de la cultura clásica en estos países de América, donde el delirio por los negocios y el halago de los beneficios materiales constituyen el ideal de sus habitantes, significa un esfuerzo de contracción a los estudios, que ello solo bastaría para la significación de la persona del señor Porchietti. Pero nuestro humanista era además el ejemplo del hombre de carácter, siendo toda su vida la expresión de la más sana moral tanto en su trato particular como en la cátedra, en su vida privada como en la pública.

El problema de la educación del carácter que es fundamental en la pedagogía moderna, lo resolvía el señor Porchietti enseñándolo con el ejemplo. Sus alumnos reconocieron siempre su rectitud, su sinceridad, su justicia, su desinterés.

Considerando los múltiples méritos del señor Porchietti,

considerando el vacío que deja en nuestra Facultad, el Centro Estudiantes de Filosofía y Letras—por mi intermedio—rinde culto homenaje al docto hombre, entendiendo que con ello rinde culto al saber, al trabajo, a la justicia y a la moral.”

\* \* \*

La Comisión Directiva, convocada especialmente, celebró sesión en homenaje a la memoria del señor Porchietti, y en esa ocasión el señor Luis Matharán pronunció las siguientes palabras:

“Señores:

Es necesario que una dolorosa evocación venga a presidirnos en este acto que debió ser meramente deliberativo; pero aún me parece que vaga a nuestra vera o se hunde en la soledad de la biblioteca la sombra viril y taciturna del doctor Porchietti! Tan identificado estaba aquel hombre con esta casa, era ya tan familiar entre nosotros su fornida cabeza de patricio romano!

Fuera profanarlo y ofenderos arriesgarne a hacer su apología, hablar de su ahinco en el trabajo, de su amor a la enseñanza, de la austera bondad de su alma, de su saber, de su modestia...

El señor Porchietti poseyó, sencillamente, todas las virtudes del hombre sabio, hasta la de morir en silencio, oscuramente, sin que manos fraternales o amigas cerrasen con piedad sincera sus ojos quemados por el trabajo.

Fué dura esta vez la imperiosa Necesidad que nos gobierna prestándonos la vida, esta vida hermosa y pérvida que parece prometerlo todo y así se nos escapa, tan de pronto, dejando solo el recuerdo de las obras buenas. A nosotros seres morales, pobres seres morales que sabemos lo que pueden la gratitud y el amor frente a la vida transitoria, nos toca desobedecer la alta sentencia del destino, haciendo por conservar siquiera sea la permanencia espiritual de los hombres que por obra de la voluntad agregaron nobleza y esplendor a la condición humana.

Entre ellos está el señor Prochietti, a quien debemos la ofrenda póstuma.

No importa que le haya faltado vanidad y sobrado honradez de corazón para merecer la estrepitosa apoteosis que consagra a la gloria del panteón académico. Su apoteosis la haremos nosotros, los que le conocimos en el aula, en la biblioteca y hasta en su casa; será modesta y casi muda; no pasará los umbrales de la facultad, pero en ella pondremos lo mejor de nuestras almas y así será digna de aquella otra que ya no puede mirarnos ni escucharnos.

Señores: Como primer homenaje al señor Porchietti os invito a ponerlos de pie y a terminar este acto con la evocación que acabamos de hacer.

He dicho.”

\* \* \*

El señor Jorge M. Piacentini, presidente del Centro, presentó a consideración de la Comisión Directiva el proyecto que insertamos a continuación y que tuvo aprobación unánime:

La C. D. resuelve:

- 1.° Iniciar una suscripción dentro de la casa, entre profesores y alumnos indistintamente, con el fin de adquirir una placa de bronce que será colocada en la biblioteca de esta Facultad para honrar el recuerdo de su bibliotecario y catedrático don Antonio Porchietti.
- 2.° Nombrar a un miembro de esta comisión para que se encargue de la recolección de las cuotas.
- 3.° Pedir al señor Decano el permiso para realizar esa suscripción y autorización para colocar la placa en el salón de la biblioteca.
- 4.° Una vez terminada la suscripción y adquirida la placa, esta comisión determinará el día de su colocación y hará que el acto se lleve a cabo con la solemnidad debida, pidiendo para esa fecha la suspensión de las clases.

## Bibliografía

“*Ensayo etimológico*”. — Con verdadero placer hemos recibido un ejemplar de un trabajo literario recientemente aparecido y cuyo autor, el profesor Rafael J. Bruno, de Río IV (Córdoba) nos envía.

Conocíamos al señor Bruno como autor de talento por obras publicadas anteriormente: “Villa Juancia” — (Ode bárbara)—“Prime bataglie” y “Lucania”, en todas las cuales evidenció dotes poéticas y estilísticas poco comunes; más tarde con: “Intorno al divorzio”, pudimos apreciar en el autor una alta y bien encaminada erudición.

Hoy, un nuevo libro: “Ensayo etimológico” viene a confirmar su personalidad en el mundo de las letras.

Es de notar que el señor Bruno en este último libro hace uso del idioma castellano y es de admirar la perfección y la exactitud del lenguaje empleado en toda la obra.

Dice el título del libro: “Ensayo etimológico de los nombres propios de personas, con los significados más probables y con las indicaciones onomásticas, mitológicas, históricas, biográficas, científicas, artísticas, literarias y religiosas más importantes”.

Como fácilmente comprenderáse, muy intensa ha sido la labor a que se ha sometido el señor Bruno al emprender una obra de tan vasto conocimiento y que ha necesitado un entusiasmo y una voluntad a toda prueba.

No publica ahora más que la letra “A” a guisa de ensayo, prometiendo para más tarde “la obra completa, que podría ser un ensayo de la filosofía de las palabras”.

Como el autor lo dice en su carta-prefacio: “Yo me he propuesto ser prudentísimo y no agregar casi nada de lo mío, prefiriendo—en caso de duda—dejar al lector con su curiosidad”, encontramos en el “Ensayo” una inmensa acumula-

ción de datos recogidos de múltiples fuentes y que, como decíamos en un principio, nos admira por la paciencia y la labor que supone.

Esto no quita tachas de modesto al autor, cuando dice que se ha propuesto: "no agregar casi nada mío", pues a cada paso nos encontramos con acertadas opiniones de conjunto y con visiones claras de las dificultades que representan y debemos declarar que es menester ser poseedor de un buen sentido filosófico para poder remontarse, en forma tan serena, al origen de los nombres propios: "En este estudio busco el origen del significado de los nombres propios, pero no analizo las transformaciones que han sufrido".

Confesamos que la índole del trabajo es completamente original en idioma castellano y que supera en importancia a muchas de las fuentes más importante que hoy conocemos al respecto. Si tomamos, por ejemplo, la primera palabra del "Ensayo": *Abel*, y la consultamos, v. g. en el Diccionario Enciclopédico o en el de Gregoire, veremos que en ambas fuentes se limitan a dar la noticia biográfica con algo referente a lo científico y artístico dejando completamente o en parte descuidado lo que pueda referirse a noticia literaria, geográfico, bíblica y mitológica, como lo hace el señor Bruno y más de todo, a la opinión, al juicio o al sentido filosófico con que entra a discutir, al principio, toda palabra. Es claro que todo lo que pueda referirse a esas noticias (literarias, geográficas, bíblicas, etc.), se funda y se encuentra en otras fuentes y que no es ninguna creación del autor; pero está en esto, casualmente, donde encontramos el principal mérito de la obra"; en la recopilación minuciosa, precisa y variada de muchos datos importantes y curiosos"—y lo que se refiere a la opinión, juicio y sentido filosófico de que hemos hablado, es lo que conceptuamos de original en el autor.

Con tal muestra es de fácil cálculo la impresión causada en el mundo intelectual por "Ensayo etimológico" y, por nuestra parte, aguardamos ansiosos la terminación de la obra o diccionario etimológico.

Por el mismo conducto vemos que el señor Rafael J. Bruno tiene en preparación dos nuevos libros titulados: "Ori-

gen, desarrollo e historia del feudalismo en la Edad Media” “estudio crítico, histórico, jurídico, político) y “La mujer desde los tiempos más remotos hasta nuestros días” (estudio histórico, psíco-sociológico). Todo ello nos revela el espíritu estudioso del señor Bruno que, en la monotonía del interior de la República, en Río IV, sostiene y paulatinamente eleva, en varias y apreciables condiciones, los pendones del intelecto, tan poco apreciados entre nosotros “los hijos febricitantes de América”.

*J. J. C.*

## Notas

### Literatura latina

Para uso de los alumnos y a pedido del profesor de la materia, doctor Juan Chiabra, publicamos el *Prologus* y la *Satira secunda*, de Persio.

#### PROLOGUS

- Nec fonte labra prolii caballino,  
Neque in bicipiti somniasse Parnasso  
Memini, ut repente sic poeta prodirem.  
Heliconidasque, pallidamque Pirenen  
5 Illis remitto, quorum imagines lambunt  
Hederæ sequaces: Ipse semipaganus,  
Ad sacra vatum carmen affero nostrum.  
Quis expedivit psittaco suum Kaire,  
Corvos quis olim concavum salutare;  
Picasque docuit verba nostra conari?  
Magister artis, ingenique largitor  
Venter, negatas artifex sequi voces.  
Quod si dolosi spes refulserit nummi,  
Corvos poetas et poetrias picas  
15 Cantare credas Pagaseium melos...

#### SATIRA SECUNDA

##### *De bona mente*

- Hunc, Macrine, diem numera meliore lapillo,  
Qui tibi labentes apponit candidus annos:  
Funde merum Genio. Non tu prece poscis emaci,  
Quæ nisi seductis nequeas committere divis.  
5 At bona pars procerum tacita libabit acerra.  
Haud cuivis promptum est marmurque humilesque su-  
[surros  
Tollere de templis, et aperto vivere voto.



- “Mes bona, fama, fides”, hæc clare et ut audiat hospes:  
Illa sibi introrsum et sub lingua immurmurat: “O si  
10 Ebullit patrui præclarum funus!...” Et, “O si  
Sub rastro crepet argenti mihi seria, dextro  
Hereule!... Pupilluave utinam, quem proximus heeres  
Impello, expungam! namque est scabiosus, et acri  
Bile tumet!... Nerio jam tertia conditur uxor!”  
15 Hæc sanete ut poscas, Tiberino in gurgite mergis  
Mane caput bis terque, et noctem flumine purgas.  
Heus age, responde: minimum est quod scire laboro.  
De Jove quid sentis? estne ut præponere cures  
Hunc...? Cuinam? Cuinam! vis Staio? an scilicet heeres.  
20 Quis potior iudex, puerisve quis aptior orbis?  
—Hoc igitur quo tu Jovis aurem impellere tentas,  
Dic agedum Staio: *Proh Jupiter! o bone*, clamet,  
*Jupiter!* at sese non calmet Jupiter ipse?  
Ignovisse putas, quia, quum tonat, ocius illex  
25 Sulfure discutitur sacro, quam tuque domusque?  
An, quia non fibris ovium, Ergennaque jubente,  
Triste jaces lucis, evitandumque bidental,  
Idcirco stolidam præbet tibi vellere barbam  
Jupiter? aut quidnam est, qua tu mercede deorum  
30 Emeris auriculas? pulmone et lactibus unctis?  
Ecce avia aut metuens Divum matertera, cunis  
Exemit puerum, frontemque atque uda labella  
Infami digito et lustralibus ante salivis  
Expiat, urentes oculos inhibere perita.  
35 Tunc manibus quatit, et spem macram supplicæ voto  
Nunc Licini in campos, nunc Crassi mittit in aedes.  
Hunc optent generum rex et regina! puellæ  
Hunc rapiant! quidquid calcaverit hic, rosa fiat!  
Ast ego nutrici non mando vota: negato  
40 Jupiter hæc illi, quamvis te albata rogarit.  
Pocis opem nervis, corpusque fidele senectæ.  
Esto, age: sed grandes patinæ, tucetaque crassa  
Annuerè his Superos vetuere, Jovemque morantur.  
Rem struere exoptas, cæso bove, Mercuriumque  
45 Arcassis fibra: “Da fortunare penates,  
Da pecus et gregibus fœtum!” Quo, pessime, pacto,

- Tot tibi quum in flammis junicum omenta liquescant?  
Et tamen hic extis et opimo vincere farto  
Intendit: jam crescit ager, jam crescit ovile,  
50 Jam dabitur, jam, jam... donec deceptus et expes  
Nequidquam fundo suspiret nummus in imo.  
Si tibi crateras argenti, incusaque pingui  
Auro dona feram, sudes: et pectore lævo  
Excutias guttas: lætari prætrepidum cor.  
55 Hinc illud subiit, auro sacras quod ovato  
Perducis facies. Nam, fratres inter ahenos,  
Somnia pituita qui purgatissima mittunt,  
Præcipui sunt, sitque illis aurea barba.  
Aurum vasa Numæ, Saturniaque impulit æra,  
60 Vestalesque urnas et Tuscum fictile mutat.  
O curvæ in terras animæ et cœlestium inanes!  
Quid juvat hos templis nostros immittere mores,  
Et bona Dīs ex hac scelerata ducere pulpa?  
Hæc sibi corrupto casiam dissolvit olivo,  
65 Et Calabrum coxit vitiatō murice vellus;  
Hæc baccam conchæ rasisse, et stringere venas  
Ferventis massæ crudo de pulvere, jussit.  
Peccat et hæc, peccat; vitio tamen utitur. At vos  
Dicite, pontifice: in sanctis quid facit aurum?  
70 Nempe hoc, quod Veneri donatæ a virgine puppæ.  
Quin damus id Superis, de magna quod dare lance  
Non possit magni Messalæ lippa propago?  
Compositura jus fasque animo, sanctosque recessus.  
Mentis, et incoetum generose pectus honesto:  
75 Hæc cedo tu admoveam templis, et farre litabo.

### EGIZIO CARLONI—

Un deber opuesto al que lo traía a la Facultad a compartir con nosotros la tarea del estudio, lo aparte de nuestro lado, de nuestro país.

Ha partido para la guerra; parece una ironía... un filósofo de alta escuela arrastrado por las pasiones belicosas a ser actor en ese drama de sangre que devasta la Europa. Bastara su talento, que tantas muestras nos diera en su paso por

las aulas, para eximirlo de la obligación militar; pero, la patria no hace excepciones: llama por igual al pensador y al analfabeto, los confunde en una sola entidad y los lanza a la lidia bárbara, a la muerte.

Fuera de nuestro ánimo formular aquí condenaciones; solo nos mueve el anhelo de consagrar unas líneas despidiendo al compañero que nos deja para cumplir con un deber que lo cree sagrado.

VERBUM, interpretando el sentimiento de los alumnos de la Facultad, formula sus votos fervientes porque la suerte le sea propicia en trance tan difícil y por que retorne en breve a este suelo en donde deja amigos y admiradores de su inteligencia privilegiada.

#### *UN DIARIO SIMPÁTICO—*

Con toda sinceridad podemos tributar el título que nos sirve de epígrafe a un diario que se edita en una provincia, en un apartado pueblo de la campaña.

“El Pueblo”, diario de la mañana que aparece en Río IV (Córdoba), bajo la dirección del señor Carlos R. Sarendón, con la colaboración inmediata del señor Werfil Piñero, a diferencia de otras publicaciones, demuestra un marcado interés por todo movimiento intelectual y está, dijérase, ansioso de todo lo que de interesante se produzca en nuestra Facultad de Filosofía y Letras, pensando, sin duda, que es este el establecimiento que más responde a esos fines intelectuales.

Y así, por la aparición de nuestra revista publican un suelto y hasta reproducen colaboraciones; por un cambio en el Centro comentan y discuten; y siempre, desde allá, esos sinceros y entusiastas paladines, nos envían sus anhelos y nos alientan en la lucha continuamente. Y es tan delicado ese acicate; nos suena tan íntimo y original, que de veras nos sentimos con bríos en nuestras faenas diarias.

VERBUM se complace en saludar al simpático colega y a sus inteligentes directores.

